

FM

1333

EL TRAPERO
DE MADRID

No
aparece



1.º Apunte



EL TRAPERO DE MADRID.

Drama en cuatro actos, precedido de un prólogo, imitado del francés por D. Juan Lombia, y representado en el Teatro de la Cruz el 10 de noviembre de 1847.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAJES DEL PROLOGO.

ANTONIO, trapero.....	Don Juan Lombia.
VICENTE SOLER.....	José Tamayo.
EE SEÑOR DE VILLANUEVA, negociante.....	Hilario Peña.
SANTIAGO CONTRERAS, ca- jero.....	Luis Rada.
UN SERENO.....	Francisco Ros.
UN PORTERO.....	H. Caltanazor.
SEÑORA DE VILLANUEVA....	Doña Maria Perez.

Una patrulla de guardia real.

PERSONAJES DEL DRAMA.

EL TIO ANTONIO, trapero.....	Don Juan Lombia.
VICENTE SOLER, bajo el título de marqués de Ca- sa Vicente.....	José Tamayo.
DON LUIS VILLANUEVA.....	Francisco Lumbreras
EL CONDE DEL JUNCO.....	José Revilla.
SOTILLO, pintor.....	José Garcia.
SANTOS, negociante.....	José Jimenez.
PERALTA, abogado.....	Mariano Serrano.
UN COMISARIO DE POLICIA.....	José Aznar.
UN MAGISTRADO.....	Felix Díez.
AMBROSIO, {criados del	Benito Flores.
MARCOS, {marqués.	Luis Rada.
UN ESCRIBIENTE.....	José Alcedá.
UN MOZO DE FONDA.....	M. Lumbreras.
MARIA CONTRERAS.....	Doña Joaquina Baus.
CLARA.....	Carlota Jimenez.
AGUSTINA, portera.....	C. Samaniego.
CECILIA.....	Josefa Noriega.
HONORIA, {oficiales de mo- reno	Matilde Tabela.
PAQUITA, {dista.	J. Samaniego.
ISABEL.....	Manuela Castañón.
ROSA, doncella de Clara.....	Josefa Azcona.
UNA CHADA de la señora Agustina.....	Luisa Garcia.

Máscaras y otros concurrentes al baile; convidados en casa del marqués; seis criados del mismo; Cinco agentes de policía en traje de paisanos; dos guardias ci- villes.

PROLOGO.

Año de 1825. Madrid.

Plazuela de Afligidos; es de noche: un farol alumbraba débilmente la escena: una zanja en el suelo con las piedras del empedrado a una orilla y á la otra las losas de la acera, y otras nuevas que se supone han estado preparando los picapedreros: un montoncito de basura en el centro de la plazuela.

Al levantarse el telon se oyen dar las once y cuarto á lo lejos en el reloj de palacio, y á poco sale Vicente, observando si alguien pasa, y con muestras de agitacion, mira fijamente al rededor, se quita el sombrero, que deja en el suelo y saca de la levita una pistola: en este momento se oye al sereno pregonar las once y cuarto y nublado, acercándose; Vicente se esconde en el cancel de una puerta para dejarle pasar. El sereno llega á la escena al terminar su pregon, atraviesa lentamente parte de la plazuela talareando; despues se vuelve y renooce la zanja.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE, EL SERENO, luego ANTONIO.

SER. (cantando.) Las once y media en punto y nublado... Talara leira, leira; talara leira, leira, leira talaraleira, etc. Cargue el diablo con lus picadrierius! lu dejan todú empatanadu y no ponen un mal farol. Verdad es que para la gente que pasa pur esta plazuela... (leyendo el azulejo.) «Plazuela de Afligidos!» Vaya un nombre! Plazuela de Afligidos! Talaraleira, leira, leira, talaraleira, leira, leira, tala, etc. (á alguna distancia.) Las once y cuarto en punto y nublado. (Vicente sale del cancel observando al sereno de lejos.)

VIC. Ya está distante. Nadie se acerca; acabemos. (quitase sombrero y corbata. Saca otra vez la pistola, se coloca á la luz del farol; saca un papel con pólvora y balas y carga la pistola.) Qué es la vida cuando hay que arrastrarla entre la miseria? Una carga insopon- table que puede uno arrojar de si con un soplo: pues bien, yo quiero arrojarla: la suerte que me hizo dueño de un gran patrimonio, ha podido reducirme á la

Cesta Gancho
Soriano

mendicidad, pues yo no he nacido para el trabajo y la fatiga; pero se olvidó de privarme de esta pistola que me vá á dar el reposo para siempre. Para siempre! Si, para siempre lo obtendré! No puedo sufrir un castigo eterno por no haber podido cambiar mi naturaleza, los hábitos que me hicieron contraer desde niño. Si mis padres me criaron en la opulencia y en la holganza, suya es la culpa, no mía. Escribamos. *(saca una cartera, arranca de ella una hoja y con una rodilla en tierra, debajo del farol, escribe con un lapicero guardando antes la pistola.)* Sépase por qué muero. *(escribiendo.)* «Yo no diré como otros desgraciados que á nadie se culpe de mi muerte, no: el suicidio es el único recurso que me dejan los hombres: ellos ponen en mi mano el arma fatal brindándome con el reposo del sepulcro, ellos...»

ANT. *(dentro.)* Buenas noches, Domingo.

SER. *(dentro.)* Adios, Antonio.

VIC. Gente viene. *(levantándose precipitadamente.)*

ANT. *(dentro.)* Que gris hace! Enviame la aguardentera si pasa, que aquí estoy.

VIC. Alguien viene! *(arrojase en la zanja.)* Me ocultaré. Ah! el papel! *(alarga el brazo para recogerlo y no puede.)*

ANT. Voto al chápíro! *(trae cesta, gancho y farol.)* Luego dicen que el vino sostiene; que el vino... Va! diez medios chicos traigo en el cuerpo y aun no puedo tenerme en pie. Un niño de cinco años me tumbaría de un empuellon... En fin... puede que consista en que he bebido poco...

VIC. *(Es un trapero.)*

ANT. Ya me habrán bajado la basura de casa del señor Villanueva, ese negociante tan rico, y antes de acostarme... aquí está. *(rebusca.)* bien la conozco, porque es la mas productiva del barrio su basura. Guñapos, papeles, á ver? Día diez de setiembre de mil ochocientos veinte y cinco. «Carne cincuenta y uno; ajos dos.» La cuenta de la compra del mes pasado. Como soy Antonio, que me alegro mucho de saber leer y no ser tan zopenco como la mayor parte de mis compañeros, que les estorba lo negro. Pero ya se ve, de algo me ha de servir el haberme criado en la inclusa y ser hijo del rey, como dicen de nosotros los incluseros. Válgame Dios! Cuantos hijos tiene S. M!.. Y á la verdad que para ser hijos del rey, no lo pasamos muy bien que digamos: en siendo grande, el que no se la busca, lo que es su padre... Pero nos enseña á leer, escribir y contar, eso si: y cuando menos puede uno... leer, escribir y contar, si hay qué. Ola! el aire me envía este. *(el papel que estaba escribiendo Vicente, Antonio le echa el gancho.)* A la cesta: manuscrito? Y con lapiz. *(lee.)* «Yo no diré como otros desgraciados que á nadie se culpe de mi muerte.» «Eh? que á nadie se culpe de mi muerte, no.»

VIC. Lo está leyendo. *(asoma la cabeza y la esconde con rapidez.)*

ANT. «El suicidio es el único recurso que me dejan los hombres.» Ola!

VIC. Es preciso acabar antes que me impida... *(saca parte del cuerpo y se le ve amartillar la pistola.)*

ANT. Pues esto es de alguno que... qué ruido es ese? *(corre hacia Vicente.)* Una pistola, eh? poco á poco, joven. *(se abalanza á él con la mayor rapidez, y le arranca la pistola de la mano.)* Ola! ola! *(con una mano tiene la pistola, con la otra tiene agarrado á Vicente de una muñeca.)*

VIC. Silencio, por Dios! *(con energía y á media voz.)*

ANT. Bueno: hablaremos bajo; pero salga usted de ahí... Iba usted á matarse? Voto al chápíro!

VIC. Silencio, digo.

ANT. Bien, bien; pero como no salga usted de ahí pronto, llamo al sereno. *(Vicente sale.)* Y usted no queria dejar nada que hacer por acá; se habia usted enterrado antes y con tiempo.

VIC. Miserable de mí!

ANT. Callet yo le he visto á usted en alguna parte... esa cara...

VIC. Puede ser.

ANT. Ah! ya caigo: es usted el vecino de la guardilla pegadita á la mia: le he encontrado á usted algunas veces en la escalera. Voto al chápíro! y se queria usted matar! Por qué? Vamos á ver.

VIC. Porque la vida me es insostenible; es lo único que poseo, es mia y quiero disponer de ella.

ANT. De usted la vida? De usted! Ay! Como se conoce que se le ha olvidado á usted el catecismo. Bien que no sé si usted lo habrá aprendido: si se hubiera usted educado en el mismo colegio que yo, cuando menos sabria usted eso; pero yo no sé qué es lo que les enseñan á ustedes por ahí. Mire usted ahora con lo que sale! Vamos, vamos. Siéntese usted ahí: está usted acalorado y con el frío que corre se refrescará usted.

VIC. Le digo á usted que estoy cansado de vivir, y quiero mejor morir de un balazo que de hambre.

ANT. Va! de hambre! En España nadie se muere de hambre. Si fuera de sed... por no tener vino... Venga usted echaremos el aguardiente y fuera penas.

VIC. No me moveré de aquí, y espero que me devuelva usted mi pistola.

ANT. Oiga usted, yo no quiero lo que no es mio; la pistola volverá á su poder de usted; pero será cuando yo esté seguro de que usted se ha serenado.

VIC. Ya estoy tranquilo.

ANT. Esa no cuela. Y qué diantre, por qué queria usted matarse? Porque es usted pobre? Porque está usted miserable? Si no es mas que eso, yo sé un remedio para no alligirse por nada... en tirando de acatus... *(acción de empujar.)*

VIC. *(Que fastidio! le dejaré que se canse y se vaya.)* *(se sienta en las losas apiladas.)*

ANT. Cuando uno tiene penas no tiene mas que colarse una azumbre del manchego, y zurra, que es tarde. Oh! yo entiendo bien de eso. Aquí, donde usted me vé, algunas veces que no tenia que llevar á la boca, he estado para desesperarme. Es posible, decia, que yo, un hijo del rey, y quien dice del rey, dice de un grande, de un general ó de un contratista de provisiones, en fin, de un hombre rico; porque yo lo mismo puedo ser hijo de un millonario que de un pobre, me crié en la casa grande, y por consiguiente... Es posible, decia, que habiendo tal vez nacido para nadar en la opulencia, no tenga siquiera que comer! Vamos, yo debia tirarme al canal; pero quia; al instante me acordaba de la doctrina cristiana y procuraba cambiar de líquido. En lugar de tirarme al agua, acometia al vino, y en cuanto me metia unas cuantas copas entre el pecho y espalda, empezaba á verlo todo de color de rosa; los guñapos que encontraba me parecían terciopelos; los huesos que recogia creia verlos transformarse en marfiles; el gancho en mi mano parecia un cetro absoluto al que nada se resistia, y mi cesta un tesoro inagotable. Oh! el vino hace prodigios; es el refugio de los pobres. Pero á la verdad yo no sé como usted puede querer matarse. Dice usted que por no morir de hambre, como si fuera eso posible á quien es joven y tiene salud y dos brazos robustos. *(Vicente hace un gesto y le vuelve la espalda.)* Ola! parece que eso no le sienta á usted bien; pues

amigo, en esta tierra cuca, el que no trabaja no manduca.

Vic. Buen hombre, usted no puede comprender...

ANT. Oh! demasiado que comprendo... usted dirá que no sabe hacer nada; nada mas que gastar, triunfar, derrochar cuanto tenga. Pero señor mio, eso no vale. Si usted no tiene y quiere gastar, es preciso ganarlo. Con mas levita que un señor y quiere matarse! Pues qué haría usted si llevase mis harapos? Solo con la pistola con que se iba usted á tirar, tendría yo para comer dos semanas. Estos señoritos son mucho cuento: primero que trabajar, un pistoletazo; vaya que está bueno.

Vic. Y á qué quiere usted que yo trabaje? Yo no he aprendido ningún oficio.

ANT. El mio no necesita aprendizaje. *(gesto despreciativo de Vicente.)* No, no hay que espantarse, que por muy bueno que usted sea, quien sabe si será usted mejor que yo! Vaya usted á adivinar... Mire usted, si usted quiere vendemos esa levita, *(la recoge y se la dá.)* esta corbata y la pistola mañana en el rastro. Bien darán por todo doscientos reales, se compra usted una chaqueta, una cesta, un gancho y un farol; con cuatro duros tiene usted todo el equipo y las herramientas del oficio, y á buscarse la vida: si no quiere deshacerse de esas prendas, se viene usted conmigo, me ayudará usted como pueda, y comerá de lo que haya, beberemos buenos tragos y Dios abrirá camino.

Vic. *(Que suplicio!)* Yo aprecio sus buenos deseos de usted; pero mi resolución es irrevocable, y prefiero morir, como tengo decidido, á... emborracharme como usted me propone.

ANT. Vea usted que principios esos! Con que usted quiere mejor matarse que... *(acción de empinar.)* Pues señor, buen provecho le haga á usted... ya verá usted las consecuencias. Por el pronto mañana estará espuesto su cadáver de usted, á la puerta de la cárcel, para que vayan allí á reclamarle, ó por mejor decir, para que no vayan. Luego vendrá usted en los periódicos, en la Gaceta y en el Diario cuando menos, anunciando con aquellas reflexiones de ordenanza, en que le pondrán á usted como chupa de Dómine, y con razón. Vea usted, aquí tengo justamente un pedazo de Gaceta en que se habla contra el suicidio.

Vic. *(Paciencia hasta que se canse.)*

ANT. Oh! y aquí está mejor puesto que como yo lo digo.

Vic. *(Veamos la moral de abajo despues de haber oído la de arriba.)*

ANT. Véalo usted; aquí está. *(acerca el farol que coloca sobre las tosas y lee.)* A ver si le gustará á usted un epitafio de esta calaña. «El cadáver de un joven ha sido extraído del canal ayer mañana, y por una carta que se ha encontrado en su ropa, que habia dejado en la orilla, se conoce que el infeliz era uno de esos locos que no pueden soportar la oscuridad y la pobreza. No hay crimen mayor contra la religion ni contra la sociedad que el suicidio; es hijo de la pereza y del orgullo. El suicidio es peor que el asesinato, porque es el asesinato sin peligro: el hombre que le comete es un criminal sin valor; es como el soldado que abandona su bandera; como el mercader que fragua su fraudulenta bancarrota: es la señal mas evidente de la cobardia, de la bajeza, es en fin... No hay mas, está rota la hoja; pero me parece que es bastante.

Vic. *(á quien la lectura ha sacado de su idea fija.)* Si, si; tiene usted razón: bastante dice.

ANT. Vamos; y ahora, querrá usted matarse?

Vic. *(Con que es así como trata la sociedad á los que quieren librarla de su ponzoña? A los que prefieren el suicidio al vicio ó al crimen para salir de la miseria?)*

ANT. *(Por fin he conseguido que reflexione.)* Me parece que ya no habrá cuidado, eh? Si ahora se bebiese usted, aunque no fuera mas que una copa de aguardiente anisado, estoy seguro de que me daría usted las gracias. Voy á ver si hallo á la aguardentera: estará ahí en el cuartel de Guardias; pronto vuelvo: en cuanto la dique la pido un trago y me la traigo por acá.

Vic. Pero usted se vá y mi pistola...

ANT. Lo que es la pistola todavía no la vuelvo: antes de buscar á la aguardentera la voy á dejar en mi cuarto: ya sabe usted que está ahí al lado; si usted quiere venir, me espera usted en él.

Vic. Gracias.

ANT. Bueno: pues entretanto ahí queda mi cesta, mi farol, mi gancho, que son nuevecitos, y toda mi hacienda de esta noche. Tenga usted. *(le pone el gancho en la mano.)* Que diantre! haga usted algo: no hay como trabajar para entrar en calor y no sentir penas: á ver si llenamos esta noche la cesta de trapajos y el cuerpo de acatus: pronto doy la vuelta. *(Al fin se lo he quitado de la cabeza: pobre hombre; me daba lástima.)* Eh? Maruja; por dónde anda esa pícara aguardentera? Maruja. *(se le oye vocear alejándose.)*

ESCENA II.

VICENTE, VILLANUEVA, SU ESPOSA, EL PORTERO, ANTONIO y el SERENO dentro.

(Luego que se deja oír á Antonio, se abren las vidrieras de un balcon de la casa de Villanueva y se vé á este y á su esposa salir á él: Vicente se oculta en la zanja.)

VIL. No vés? Es imposible que venga ya Santiago; con una noche tan oscura, y despues de las doce, sería es- ponerse...

SEÑ. Se habrá quedado allá por no venir cargado de ese modo á estas horas y por barrios tan solitarios.

VIL. Y es lo mejor que podia hacer. Aun está abierto el portal. Gerónimo?

Por. *(dentro.)* Señor?

VIL. Cierre usted, cierre usted la puerta.

Por. *(asomándose á la puerta.)* Es que aun no ha venido el señor Santiago.

VIL. No viene ya: cierre usted.

Por. Eso es otra cosa. *(Así como así me estaba durmiendo.)* *(éntrase y cierra la puerta del portal por dentro.)*

SEÑ. Cuidado si está oscura la noche.

ANT. *(dentro.)* Ja, ja, ja: echa Maruja, echa otra copita para abrigarme el estómago. Venga. Ja, ja, ja.

(Acaba de cerrarse el portal: se entran Villanueva y su esposa y cierran el balcon. El reloj de palacio dá las doce. El sereno pregoná á alguna distancia las doce en punto y nublado. Vicente, despues de observar, vuelve á sentarse donde estaba antes, mirando el papel que ha leído Antonio.)

Vic. Es la señal mas evidente de la cobardia, de la bajeza! *(se levanta.)* Pues bien, no me mataré, no; pero tampoco ahogaré mis penas en el vino; no me arastraré vivo por el fango, como ese miserable trapero. No serviré de entretenimiento á los periodistas; si se ocupan de mi no será para divertirse, porque el suicidio vendrá por la mano del verdugo. No quiero inspirar lástima sino odio, temor. Desgraciado de él, dirían, si me viesan en este estado de desesperacion; pues bien, desgraciados de vosotros los que insultais

la miseria desde la cumbre de la opulencia, digo yo á mi vez: yo seré rico, aunque para ello el crimen haya de herir á los demás. Alguien se acerca por este lado.

ESCENA III.

VICENTE, SANTIAGO, luego ANTONIO; por último una patrulla. Vicente se ha retirado á la oscuridad del fondo. Santiago sale cargado con una talega de dinero.

SAN. Muy tarde se me ha hecho para venir con tanto oro: apretemos el paso.

VIC. (saliendo al paso.) Alto ahí: ese dinero es mío. (le dá un golpe en la cabeza con el gancho y se apodera del dinero.)

SAN. Ladrones, socorro!

VIC. (luchando.) Callarás, miserable!

ANT. (tambaleándose.) Qué es eso? Qué hace? Ah! tu nante! Ladron! La guardia!

VIC. Si no callas, te despedazo. (le arroja al suelo con violencia, de un terrible empujón.)

ANT. Canario, que puños tiene el señorito este.

VIC. (apoderado del talego, saca del bolsillo del pecho de Santiago, que está moribundo, una cartera y de ella unos billetes de banco, dejándola en el suelo junto á Santiago.) Ahora tengo con que vivir y viviré. (vase.)

ANT. Es que me ha dado un golpe ese bárbaro que me ha quitado la mitad de la chispa; porque yo estaba borracho. Pero á ese pobre hombre que le ha robado. Eh! oiga usted, levántese usted de ahí. Calle! Como!.. Cuanta sangre! Está herido! Está espirando!

SAN. Ah! mi muger! mi hija!

ANT. Pobre hombre! su muger! su hija! Me parte el corazón. No tenga usted cuidado. No faltará una buena alma que mire por ellas... por mi parte haré lo que pueda. Como se llama usted?

SAN. Ahí, ahí. (señalando la cartera.) Dios mío!.. ah! (le alarga la cartera y espira.)

ANT. Ha muerto! (mirando un papel de la cartera.) Santiago Contreras se llama... Se llamaba este infeliz. (se guarda la cartera.) Y ese infame le ha muerto... con mi gancho, tal vez... Eso es, aquí está. Y yo tan inocente que le impedi que se matara; para qué? Para que matase á este pobre? Si yo le hubiera dejado saltarse la tapa de los sesos, ahora viviria este padre de familia. Oh! yo tengo la culpa: si hubiera venido antes!.. Maldito aguardiente! Por beber! por emborracharme!.. Juro á Dios no volver á probar ningun licor; lo juro sobre el cadáver de este infeliz... Pero qué hago en este sitio? Si llegara la justicia puede que pegase conmigo. Como yo vea á ese infame en alguna parte! Oh! no se me despintará, aunque pasen cien años. Alguien se acerca: es una patrulla; huyamos. (Apaga la linterna y se vá, llevándose la cesta y el gancho. Sale una patrulla de guardias; al atravesar la plaza el cabo repara en el cadáver y se dirige á él con los soldados; al mismo tiempo cae el telón.)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro está dividido en tres partes. La primera á la derecha del actor, es una boardilla cuyo piso debe estar ocho pies mas alto que el tablado, ocupando á lo ancho una tercera parte de la escena. La segunda inmediata á esta, es una escalera de la casa para subir á la boardilla

con dos mesetas, una al piso de la puerta de la boardilla para entrar en ella, y otra al del tablado para entrar en el cuarto inmediato, que es el que forma la tercera division del teatro, ocupando el resto del ancho de la escena, y el cual se supone ser un cuarto tercero, cuyo piso está en el tablado. El bambalino que forma el marco de este cuadro, descubre la altura ordinaria del escenario en la parte de la boardilla y de la escalera de esta, y descendiéndose mas en la parte del cuarto tercero que es una pobre habitacion. Desde el piso de la boardilla abajo nada se vé por estar cubierto frente al público con pared todo lo que ocupa de ancho la boardilla; y debajo, delante de esta pared, se hallará abierto el tablado con una barandilla de frente al espectador, por entre la cual y la parte de pared que descende desde el piso de la boardilla: habrá una escalera que sube desde el foso, suponiendo que es la de la casa, y cuya meseta visible es el mismo tablado del escenario: esta escalera conduce á subir á las dos habitaciones que están á la vista del público, y al bajar se supone es á los otros cuartos de la casa y al portal. La boardilla tendrá la puerta frente al público, en el rincón de la izquierda; está habitada por el tío Antonio: tiene en el fondo una cama pobre, cubierta con una cortina vieja: hay además una mesa á la derecha, sobre la cual está el farol del Trapero, un candelero de barro con un cabo, un puchero con agua y encima de la mesa, en la pared, un pedazo de luna sostenido con clavos. Habrá un taburete viejo sin respaldo junto á la mesa, dos sillas deterioradas al otro lado, entre las cuales estará la cesta del prólogo, vieja y remendada con piel, y el gancho. El cuarto negruzco y estropeado solo tiene una ventanita guardillera, impracticable por su altura, y á la derecha una puerta figurada que dá á otra pieza.

El cuarto del piso tercero es la habitacion de Maria Contreras; tiene á la derecha la puerta de entrada: en el fondo una ventana y á la izquierda otra puerta que dá paso á las demás piezas. Es tambien pobre, aunque blanqueada, á la derecha, en los tercios de la escena, hay una mesita de labor con los útiles para coser y un belon de oja-delata encendido. En el fondo, delante de la ventana, que estará mas á la izquierda que al medio del cuarto, habrá una hornilla de planchar, una espuerta con carbon y abios de encender. A la izquierda, contra la pared, una mesa con tapete de cotton hasta cerca del suelo y un espejo de media vara encima, en la pared del fondo, á la derecha, una percha con algun vestido. En la escena varias sillas de victoria usadas.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, el tío ANTONIO.

(Es de noche, Maria aparece concluyendo un vestido de blonda negra con viso de raso color de rosa. El tío Antonio durmiendo en su cama, que oculta la cortina.)

MAR. Deben de ser mas de las once. Ay! los dedos se me cansan y la vista me vá faltando... Apenas puedo tener la aguja... Estoy tan abatida, no sé por qué, y con unas ganas de llorar!.. Pero es preciso acabar este vestido para llevarlo mañana temprano. El fuego se ha concluido, me he olvidado de echar carbon, y el belon quiere dejarme. (lo aliza.) Ah! qué frío!.. Me he quedado helada, como una muerta: muerta! Ojalá! Por qué no habré seguido á mis padres al sepulcro? Qué mas muerta que verme sola, sin un apoyo, trabajando siempre, y siempre en la miseria! Y este vestido que no se acaba nunca! Si al menos viviera mi madre, trabajaria con mas gusto, con mas ahinco, porque tendria que trabajar para las dos. Pero desde que estoy huérfana, no tengo afán por la vida, la muerte me es indiferente... y este vestido!.. Lo que dura! Nunca le veré acabado! Mal haya!.. Qué fastidio!.. A cada paso se me rompe la hebra: (enebra nuevamente la aguja.) Y al cabo, para qué trabajo tanto? De qué

disfruto hasta ahora? Qué es lo que me prometo en adelante? Nada; un afán continuo, trabajar noche y día, y siempre sola, siempre con escasez, con miseria; he aquí mi suerte! Ah! yo quisiera unirme á mi pobre madre; quisiera morirme... Pero no tendré ese consuelo; coser y no mas; coser á todas horas... Por fin he acabado el vestido, gracias á Dios.

(Pone la aguja y el dedal en la almohadilla, sacude el vestido que ha concluido, pone el velon sobre la mesa del espejo y se quita la humilde bata que lleva para probarse el traje de blonda.)

Vamos á ver qué tal sienta. Su dueña tiene casi el mismo cuerpo que yo. (*mirándose al espejo con cierta complacencia.*) Dichosa ella que puede llevar este lujo, mientras que yo, pobre de mí!... Cómo llamará la atención con este traje! Cómo la rodearán para elogiarla, para... Oh! pues no le estará mejor que á mí; pero de qué sirve tener tantos atractivos como ella, si nadie ha de repararlos? No estoy condenada á ser siempre pobre? Podré yo jamás ser dueña de un vestido como este?... Es particular; cuando me miro al espejo se me figura que si, que algun día llegaré yo á poseer trajes lujosos; él me lo dice; el espejo; lisonjero! Cómo mentes!... Y no me cabe duda; yo puedo llevar el raso y la blonda con tanta elegancia como otra cualquiera... Qué bien estaria con este traje color de rosa, llevando al cuello un collar de perlas y un prendido de lo mismo! Qué bien! (*animándose.*) Y despues una carretela abierta para ir al teatro... no, al baile. Oh! á Villa Hermosa; hoy es el último baile de máscaras. Si yo estuviera allí de este modo, de cuántos adoradores atraeria las miradas! Cómo oiria decir, qué linda es! Y yo pasaria haciéndome la desentendida, como si tal cosa no oyera. Despues un jóven elegante me sacaria á bailar, me amaria tal vez; yo tambien le amaria, nos casaríamos al fin, y viviríamos dichosos, tan dichosos, tan... Ah! no, no; qué loca soy! Y sin embargo, otras tienen toda esa felicidad; yo me moriré sin conocerla! (*se oye en la calle algarazara de máscaras que transitan.*) Cómo se divierten! Van á los bailes de máscara... Cómo ha de ser!... Para mí no se han hecho esas diversiones; para mí el trabajo, la fatiga, la escasez y la muerte! (*le echa una mirada al espejo, y dá un suspiro.*) Ah!

ESCENA II.

Dichos y CECILIA, PAQUITA, HONORIA é ISABEL, con disfraces decentes y de no mal gusto; pero de poco lujo. Suben por la escalera.

CEC. Si sé que estaba tan oscura la escalera, no le permito á Pepe que se quede abajo. Vaya una gracia! El farol apagado y el portal abierto.

HON. Toma, el portal está abierto toda la noche, como que viven tantos aguadores en el patio...

PAQ. Muger, ahora habia de estar acostada.

HON. Quia: apuesto á que está trabajando: desde que se fué del obrador no para nunca.

ISA. Qué tonta! Y siendo hoy martes de carnabal! (*Cecilia que va delante, llama.*)

MAR. Quién?

CEC. Abre, Mariquita.

TODAS. Abre, abre. (*abre y entran.*)

CEC. Toma! Pues si la encontramos vestida; y qué elegante!

PAQ. Yo que creí que estaria acostada!

HON. Y yo que estaria trabajando.

ISA. Y á dónde vas?

MAR. A ninguna parte: estaba probándome este traje

que he concluido para la marquesita de Casa-Vicente, ya sabeis...

CEC. Si, si: es que venimos por ti, conque á ver si te vienes.

MAR. Pero á dónde?

HON. Toma, al baile, á Villa-Hermosa; es la última noche.

MAR. Yo bien iria: pero si no tengo nada que ponerme!

CEC. Tienes mas que irte así?

MAR. Con este traje que no es mio? Oh! no.

HON. Y eso, qué importa? Por un rato que le vas á llevar...

MAR. De ningún modo.

ISA. En echándole luego cuerpo al viso...

PAQ. Aqui te ha sobrado raso.

MAR. Oh! no me atreveria. Si le conociesen...

CEC. Quién?... Su dueña aun no le habrá visto concluido:

además, como está combaleciente, segun dicen malas lenguas, de la enfermedad que ha tenido por la muerte del baroncito, no sale jamás.

MAR. Con todo, iria yo con el alma en un hilo: no, de ningún modo.

CEC. Cómo que no? Perderás esta ocasion de divertirte y de acompañarnos?... Mira, tenemos cinco billetes:

nos los han regalado: Pepe me ha dado dos á mí, y á esta le ha dado otros tres Eduardo: sin mas condicion que la de que no se ha de colgar de su brazo en toda la noche.

HON. Mira qué malo! Como si él nos hiciera falta para divertirnos! En llevándonos al ambigü...

CEC. Eso si lo hará, porque es muchacho de provecho.

Verás qué buena noche pasamos. Segun dice, estará el salon que no se podrá dar un paso: pero nosotras bailaremos, aunque sea en el aire. Vamos, vamos, te vienes?

MAR. Pero muger!

CEC. Nada, lo dicho: así como así te cae ese traje divinamente.

MAR. De veras, me está bien?

HON. Ya lo creo: darás golpe, chica.

MAR. Pero si no tengo ni un prendido, ni careta, ni nada.

CEC. En cuanto á careta, yo le haré á Pepe que está abajo, que te tome una si no tienes dinero: por lo que hace á prendido, verás qué pronto lo tienes: ó somos modistas, ó no lo somos: aqui hay raso y blonda todavía, las tigeras.

MAR. Muger!...

ISA. Ven, te peino un poco.

(La sienta Isabel, y la peina, tomando el peine de una caja de carton que hay sobre la cómoda: entretanto Cecilia y las otras hacen el prendido con la mayor rapidez.)

MAR. Jesús! Qué locura! Para la primera vez que voy á Villa-Hermosa, voy á estar con una zozobra!

ISA. Y por qué? En lo que debes pensar es en divertirte, que mañana Dios dirá. Está una trabajando toda la semana, y cuando llega la ocasion iria á desperdiciarla!

CEC. Y qué ocasion! Dame otro alfiler. (*á Honoria.*) Yo pienso embromar á una porcion. Sabeis quién va tambien? El tunante de Florencio: va con la Dolores, que lleva el traje de valenciana de la Antonia, aunque ella cree que nadie lo sabe: buen rato les he de dar á los dos: cuando no me las paguen! Corta pronto. (*á Honoria.*)

HON. Aqui un lazo.

CEC. Ten así. Y á la puerta tenemos coche: pero no permitiremos en él á Pepe; nosotras solitas; porque como es tan pillo, y luego se alaba de lo que no hay! Cuando íbamos á subir por ti, le digo: señor mio, si

viene la Mariquita somos cinco, y apenas cabemos... conque ya lo sabe usted; y no hay mas, se irá pié; porque tambien, como esa es tan mirada!..

MAR. No, él puede subir, y yo me irá á pié con una de vosotras.

CEC. Tú déjame á mi, que yo sé lo que hago. Estás peinada?

ISA. Si.

CEC. Pues á ver, dos horquillas. *(Isabel se las dá, Cecilia coloca á Maria un elegante prendido improvisado.)* Ten aquí: á ver; eso es, la otra aquí; espera, á ver, mírate. *(Maria se levanta y se mira al espejo.)*

MAR. Qué preciosos! Y qué bien me cae, verdad?

CEC. A ti todo te cae bien: estás divina! *(la da un beso.)* Ea, andando.

MAR. Espera. *(se pone un pañuelito sobre los hombros.)*

CEC. La luz, la llave, paso redoblado, marchen. *(á Honorio.)* Cualquiera creará que soy de tropa; pues ni esto. *(con la uña del pulgar en los dientes de arriba.)* Tarará, tarará, tatá, tarará, tarará; taitaitá, taitaitá, taitá. Vamos, corre. *(pellizcando á Isabel que dá un grito.)*

ISA. Ay!

MAR. Qué loca eres!

CEC. Tú conmigo, anda tú.—Tarará, tarará, taitá, tarará, tarará; taitas, tarará...

TODAS. Tarará, tarará, taitá...

(Bajan la escalera con gran algazara despues de haber cerrado la puerta de su cuarto, Maria con precipitacion. En la calle aun se las oye hacer la mascarita.)

ESCENA III.

EL TIO ANTONIO.

Ah! á á! se me habia figurado oír qué sé yo que ruidos. *(se levanta y enciende la linterna con un fósforo.)* Ya debe ser hora para los enamorados y los traperos; á divertirse los unos, y los otros á trabajar; al avio. *(toma la cesta, examinándola.)* Qué vieja está ya la pobre, como su dueño, por mas remiendos que la echo me quiere abandonar. Como que ya tiene veinte años; desde el día en que prometí á Santiago velar por su hija... Vamos á trabajar. *(oyese en la calle algazara de gentes que pasan de máscara.)* Qué algazara! Ah! si es martes de carnaval. *(sale y cierra, baja, y se para á la puerta de Maria.)* Vecina? Eh? *(llamando quedito.)* Sin duda ya se ha acostado: cuando ella deja su trabajo empiezo yo el mio.—Buenas noches.—Está durmiendo, no hagamos ruido. *(echa á andar de puntillas, y se va por la escalera abajo.)*

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO SEGUNDO.

Una pieza del Ambigú de Villa-Hermosa; en el foro se ven cerrados los balcones que dán á la calle, una mesa larga á cada lado en el primer término, y sillas. Gentes cenando ó bebiendo con disfraces ó sin ellos: y por el fondo atraviesan otras. En la mesa de la derecha están levantándose los que la ocupaban y se van con cierta algazara, bullicio y guirigay de máscaras.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DEL JUNCO, leyendo una carta; luego salen PERALTA, SOTILLO, SANTOS y LUIS; algunos pueden llevar dominó negro, pero ya sin careta.

CON. *(leyendo.)* «Señor conde: mucho siento que sea usted tan poco afortunado conmigo al pedirme la ma-

no de mi hija, como lo fué usted con ella cuando trató de honrarnos con la misma pretension: entonces el afecto que Clara profesaba al Baron, con quien iba á casarse, la impidió corresponder al que usted la manifestaba! Hoy mi palabra de honor empeñada á favor del hijo de mi difunto amigo y compañero Villanueva, me prohíbe el complacerle. Doy á usted las gracias por el favor conque ha querido distinguirme en ambas ocasiones, y espero que disponga usted de todos modos del afecto de su verdadero amigo Q. B. S. M. El marqués de Casa-Vicente.» Muy bien, los dos me han desairado. Acudí á la hija cuando estaba seguro de que el Baron solo en ella encontraba apoyo, y la hija, que aunque no estaba enamorada, veia alhagado su orgullo con las riquezas y el lujo que ostentaba el Baron, desestimó mi amor, que era verdadero; hoy que solo un capricho ó un interés calculado puede inclinar á su padre á favor de don Luis, pues ella no le ama, el padre me la niega: muy bien; del Baron ya estoy libre, y vengado de la ingrata; falta pues libertarme de ese don Luis, castigando del mismo modo al petulante marqués.

PER. Pepe, aquí, aquí hay una mesa: nos dejan una mesa.

SOT. Gracias á Dios! Mira, Luis. ¿Luis, no cenas tú? LUIS. He cenado. *(con aturdimiento mirando al foro.)*

SOT. No importa, nos harás compañía; mozo esta mesa es nuestra. *(se apodera de la misma antes que la hayan desocupado del todo los que habia: otras gentes se acercan y tienen que renunciar.)*

Mozo. Para cuantos cubiertos?

SOT. Ellas creo que son cinco, porque traen una amiga, y nosotros... *(reparando.)* Conde, buenas noches. Con usted somos diez. *(al mozo.)* Para diez cubiertos.

LUIS. Lo que es á mi no me espereis: voy detrás de una chica que debe valer un Perú; se me ha escabullido, y si no la encuentro, voy á romper la cabeza al primero que me salude.—¿Pues no me ha parado un fátuo?... El ha tenido la culpa, como le encuentre!... Como no la encuentre á ella, perdónenle, paso. *(á unas gentes que le obstruyen y se vá.)*

SOT. ¡Que tronera! Quién dirá que está en visperas de casarse!

SAN. Pobre marquesita de Casa-Vicente! Buen paso llevará la dote en manos de Luis.

SOT. A bien que de lo suyo gasta. El marqués su suegro es su tutor al mismo tiempo, y quien sabe...

PER. Oh! pero es sugeto de providad el marqués.

SOT. Así dicen; pero como es tutor y casa con su hija á Luis...

SAN. Que es tan trueno!

CON. Como! El caballero que acaba de irse de aquí, es ese don Luis que se casa con la marquesita?

SOT. El mismo.

CON. No le conocia personalmente, pero habia oido hablar de él: de sus calaveradas.

SOT. Y de nada mas?

CON. No.

SOT. Oh! pues aunque tiene la cabeza algo á las once; yo le quiero mucho, es un buen chico.

PER. Pero á todo esto, las muchachas no vienen?

SOT. No faltarán.

PER. ¿Y si no nos encuentran?

SOT. Aunque te hicieras invisible, aunque te evaporases te encontraría la Cecilia; si, pues lerda es la niña! Mozo, dame una lista: te voy á marcar mis platos favoritos, y en empezándose el tiroteo, me los vas sacando por el orden de antigüedad que voy á marcarte

al margen; romperás la marcha con las ostras. (*raya con un lapicero en la lista.*)

CON. Conque al fin se verifica la boda de ese caballerito con la bella Clara?

SOR. Si, conde, se enlazan; pongo el número tres á la lengua estofada.— Si señor, mi amigo Luis se casa.

—Ahora caigo en que usted era uno de los adoradores de su futura.

CON. ¿Yo?

SOR. Desdenado, por supuesto.

CON. Usted se equivoca.

SOR. No hay que picarse; acompaña usted á otros muchos: ella jamás se pronunció sino por el difunto baroncito, que murió de una estocada poco antes de volver Luis á Madrid. Hombre, nunca se ha sabido quién fué su adversario, aunque aquí para entre los dos, algunos le han colgado á usted el milagro.

CON. ¡Que disparate! Jamás tuve con él la menor cuestión: creo que llegué á hablarle dos ó tres veces.

SOR. Con una basta para... Uy lenguado, número cuatro.— No hay nada que decir por eso, acerca de la reputación de la futura de mi amigo; pero siento que él no esté enterado de aquel lance, porque como es tan tronera, no sé por dónde lo tomará, si lo sabe despues de verificada la boda.

CON. Oh! los maridos nunca saben esas niñerías; y mas cuando nadie se ha atrevido antes ni despues de la catástrofe á suponer en Clara la menor mancha.

SOR. Eso es verdad... y lo otro tambien; lo de que los maridos nunca saben... Ola! Caracoles en salsa! Caracoles, me gustan: número 5. Pondremos el 6 á las truchas escabechadas: número 7, cangrejos: toma, se continuará. (*se la dá al mozo.*) Ahí tienes numerados mis placeres... los mas positivos de Villa-Hermosa.

ESCENA II.

Dichos, Luis.

LUIS. Reniego de Villa-Hermosa: no he podido hallar á una máscara que se me ha escabullido: que talle, chico!

SAN. Vamos, vamos, juicio, señor novio! Si lo supiera papá suegro!

LUIS. Nada, chico; ya me conoce, y en tu vida has visto un tutor mas condescendiente; no tengas cuidado que se llame á engaño. No puedo decir otro tanto de su hija, porque apenas la conozco; mientras yo me educué, ella estuvo en un colegio; cuando la trageron á casa, sali yo para mis viages, de modo que apenas la he tratado.

SAN. Y te casas así tan... tan...

LUIS. Tan qué, acaba.

SAN. Tan á ciegas.

LUIS. Hombre, yo creo que en materia de casamientos, el que mas mira, menos vé: ademas, su padre, mi respetable tutor, ha tenido tantas condescendencias conmigo, que hubiera sido una ingratitud no tener yo con él una siquiera: me propuso su hija, ella es bonita.

CON. Ah! él le propuso á usted... (*acercándose.*)

LUIS. Beso á usted la mano; á quien tengo el honor de....

SOR. Es un amigo, cena con nosotros.

CON. Soy el conde del Junco, para servir á usted.

LUIS. Gracias.

SOR. Muy gastador, (*á Luis ap.*) muy buen chico, y famoso tirador de pistola y de florete.

LUIS. Pues, como decia; mi tutor me ofreció su hija;

yo acepté y me caso por hacer algo, ó cuando menos por variar de dirección en mi vida agitada. He gozado largamente, gracias al marqués, que nada me ha escaseado, que me ha dejado dueño absoluto de mi conducta y de mi dinero; verdad es que yo nunca he arreglado cuentas respecto al uno ni á la otra; he corrido como un loco hasta ahora detrás de los placeres, de la felicidad, y te aseguro que si consiste en el bullicio, en las diversiones del salon y del tapete-verde, en engañar y ser engañado por las mugeres, en rebentar caballos y variar de carretelas, en apurar los placeres del vino, en los desafíos prósperos ú adversos. Si la dicha, en fin, está fundada en esa multitud de emociones que se anhelan hoy, y mañana causan hastio, debo yo ser el mortal mas infeliz de la tierra.

CON. Oh! ahora le aguardan á usted nuevos goces: placeres mas tranquilos, que yo le deseo á usted muy de veras.

LUIS. Gracias caballero. (*Me fastidia este hombre tan entrometido y tan...*)

SOR. Conque dime, (*cogiéndole del brazo y paseando.*) tú te casas con Clarita así, sin haberla tratado, sin saber si te ama?..

LUIS. Sin nada; me caso porque mi amable tutor dice que ese es el modo de sentar la cabeza; porque estan bueno, que habiendo yo derrochado, segun él me asegura, cuanto me dejó mi padre, quiere castigarse de su condescendencia para con mis locuras, dándome su hija y con ella su dote, y la herencia que la destina... Ya ves si debo estarle agradecido: aunque yo creo que no vá á ser él el castigado, sino su hija, porque, la verdad, yo me temo á mi mismo; cuando pienso en que voy á tener á mi lado una jóven inocente y bien educada, como me la figuro... pobrecilla! no le arriendo la ganancia; todavia estoy algunas veces por renunciar á todo, antes que hacerla víctima de mis malos hábitos y mis...

SOR. Vamos, Luis, que no eres tan malo como tú te figuras. (*se paran, el conde se acerca á ellos.*)

LUIS. Y aun querias que reparase en si me amaba ó no? Qué disparate! Basta que no me aborrezca, para que yo me dé por muy satisfecho: ademas, he hallado tantas que me juraban cariño cuando me la estaban pegando, que quien sabe si esta... Si me parase un poco, no digo que no cambiase de propósito; pero Dios me libre de formalizarme en materias de amor; entonces concluiría por decir que no lo he conocido verdadero jamás; ni espero conocerle; no sé si consiste en mi ó en ella; lo cierto es que no he encontrado una que me dé la felicidad; todas han querido vendérmela; solamente ahora que ya no tengo conque comprarla, es cuando...

CON. Oh! ahora la paga usted á mas precio; dá usted su mano por ella...

LUIS. Caballero!

CON. Sin embargo, yo le doy á usted mi enhorabuena!

LUIS. Gracias. (*despues de una pausa.*)

PER. Dejad esa conversacion; (*á Luis.*) chico, lo que queda de noche lo vamos á pasar bien; esperamos cuatro muchachas muy lindas, ó por mejor decir, cinco, porque he visto con ellas otra mascarita de talle agraciada.

LUIS. Y qué clase de ganado es?

SAN. Son modistas!

LUIS. Bravo! No me disgusta ese género!

SOR. Te advierto que una de ellas es mi trapicheo.

PER. Y otra es una de los mios; pero no soy celoso.

LUIS. Sé respetar la propiedad ajena; además no son cinco?

SAN. Que entre tres, *(se señala á sí, al conde y á Luis.)* á una.

LUIS. Caball! Santos, siempre el mismo; como buen comerciante, todas las cuestiones las reduce á números.

SAN. Estoy por las ciencias exactas; otros trabajan con el corazón, yo con la cabeza.

LUIS. Quién habla aquí de corazón?... Cuando yo entro en un baile, el corazón le dejo con mi paletó, ó con mi paraguas en el guarda-ropa.

SAN. Bien hecho; y á la salida te lo pones y... eso es, te lo pones.

Todos. Ja, ja, ja...

LUIS. Me hace gracia Santos con su cachaza; ja, ja.

CON. También me hace *(que ha continuado riendo.)* á mi mucha gracia, *(dirigiéndose á Santos.)* la ocurrencia de este caballero; ja, ja, ja, dice que se deja el corazón en el guarda-ropa; ja, ja.

LUIS. *(Se burla?)*

CON. Y no le ha sucedido á usted nunca el no hallarlo á la salida?

LUIS. Lo que no he hallado yo nunca, es un ente que me cargue tanto como usted.

CON. Se chancea usted?

LUIS. Lo digo muy formal.

CON. Caballero!

LUIS. Lo repito.

Todos. Señores, señores.

SAN. Pero, á qué viene eso? Entre amigos!...

ESCENA III.

Dichos, MARIA, CECILIA, PAQUITA, ISABEL, HONORIA, y otras máscaras que se dirigen á la otra mesa.

CEC. Aquí están, aquí están.

LAS OTRAS. Ola! ola!

MAR. No me dejes, Isabel. *(Estoy abochornada.)*

SAN. Mozo, lo consabido. *(poniendo sillas al frente.)*

CEC. Yo quiero que Pepe esté á mi lado. *(á Santos.)*

SAN. Bien, aquí.

HON. Eduardo, junto á mi.

PER. Luis este es tu puesto, sillas: *(al mozo.)* tú aquí, Isabelita, Luis, hé? *(Sotillo ha logrado apaciguar á don Luis y al Conde.)*

LUIS. Corriente: sino ha sido esa su intencion...

SOT. Qué disparate! El conde es incapaz...

PER. A la mesa; á la mesa.

CON. Con mucho gusto. *(Yo le haré saltar.)*

LUIS. Si yo he cenado; pero... Diantre! La mascarita que habia perdido! Me sentaré á su lado. *(toma una silla y se dirige con ella al lado de Maria. El conde que habia tomado otra la coloca antes y se sienta al tiempo que llega don Luis.)*

SAN. Mozo, el número uno, y á ver como te portas.

CEC. Los pepinillos.

HON. La manteca.

CON. Con permiso: yo al lado de la incógnita.

LUIS. *(Cuando digo que este hombre me carga!.)*

SOT. Luis, á la cabecera, tráete silla.

LUIS. Paciencia.

PER. Están todas servidas?

CEC. Querido, que falto yo.

PER. Tienes razon, toma; ahora yo.

SAN. Mozo, llena las copas; *(lo hace el mozo.)* á ver. *(alargando la suya que llena el mozo.)*

HON. Mira como Eduardo, *(á Isabel y Luis.)* te ha colocado junto á Luisito; no se le ha olvidado que hace dos años... antes que se fuera á Italia... eh? digo algo?

ISA. Muger, de lo que te acuerdas ahora!

HON. Ingrata, abandonarte á lo mejor! Fué un engaño. ISA. Qué disparate! Mejor me hubiera engañado si no me abandona.

CON. Y nada nos dirá esta mascarita tan recatada? No quiere usted darse á conocer? Tal vez el amante ó el marido andan por el salon?

CEC. Diviértete, muger: aquí cada una hace lo que puede.

LUIS. Tal vez esa jóven no podrá hacer lo que las demas.

CON. Oh! ya la espabilaremos. No cena usted? No bebe siquiera?

SAN. *(al mozo.)* El número tres debia estar ya aquí.

CON. No responde, ja, ja, ja. Es usted muda?

LUIS. Señor conde, bueno seria que respetase usted su silencio.

CON. Puede. Pero por qué permanece sin descubrirse? Tan fea es usted, niña, que no se atreve á darse al público? O es que nos guarda usted una agradable sorpresa para los postres?

LUIS. *(á Sotillo.)* Sabes que ese condesito me rebienta?

SOT. Pero tú conoces á la máscara?

LUIS. No sé mas sino que es una muger de quien se burla un atrevido.

SOT. Hombre, qué disparate!

CON. Señores, brindo porque nuestros placeres de esta noche, nos dejen agradables recuerdos!

Todos MENOS LUIS. Bravo!

CON. Pero, niña, usted no dá señales de vida: parece una estatua, una figura de carbon de piedra; ja, ja.

CEC. Dejela usted, conde; como no está acostumbrada! Es la primera vez que viene á Villa Hermosa.

CON. Pero no será la primera que se halle en la amable compañía de ustedes, y no creo que le falte aquella confianza... *(tomando una copa.)* Gusta usted, prenda? *(movimiento negativo con la cabeza de Maria.)*

Oh! no permito la pantomima, que diantre! Por qué no ha de ir fuera esa careta?

LUIS. Esa jóven conserva sin duda la careta, porque usted la tiene quitada; porque nos vé á todos tales cuales somos.

CON. Oh! pues es muy justo que nosotros la veamos tal cual es; nada de privilegios, niña. *(va á quitar la careta á Maria y dá un grito.)*

MAR. Ah!

LUIS. Señor conde! *(levantándose todos, menos Santos.)*

CON. Fuera la máscara. *(se la quita.)*

MAR. Oh! Dios mio!

LUIS. Infame! *(sale de su puesto hacia él, confusion, menos Santos que sigue comiendo.)*

SOT. Luis, qué haces?

Ton. Señores!

CON. Nada; nada: es muy linda: es un hallazgo á fé mia! Y para desagraciarla me la llevo.

(Toma el brazo de Maria para enlazarle con el suyo, esta se resiste abochornada. Luis llega á querérsela arrancar al conde, y tirando violentamente del traje de Maria, se lo rasga desde la cintura abajo.)

Se resiste usted?

LUIS. Deje usted á esa jóven, se lo mando.

MAR. Ah! *(al ver destrozado su vestido.)* Qué es lo que he hecho! Por qué he salido de mi casa, Dios mio! *(yéndose con muestras de desesperacion.)*

CEC. HON. É ISABEL. Maria! *(deteniéndola.)*

MAR. Dejádme; me habeis perdido!

CEC. Que la hemos perdido! Por un traje!

TODAS Y EL CONDE. Ja, ja, ja.

LUIS. Está usted contento? *(dirigiéndose al conde contentado por alguno de sus amigos.)* No es verdad? Está us-

El trapero de Madrid.

9

ted orgulloso de su hazaña! Ha hecho usted huir á una muger! Si consiste en eso todo el valor del señor conde...

CON. Mi valor siempre alcanza á no dejarme insultar impunemente por nadie.

LUIS. Pues yo le tengo á usted por un cobarde.

CON. Como? Supongo que se retractará usted ahora mismo de esa injuria?

LUIS. Yo no me retracto jamás de mis palabras; lo repito, es usted un cobarde!

CON. Basta, á qué hora vamos á verlo mañana?

LUIS. A las siete.

CON. A dónde?

LUIS. A san Isidro.

CON. Con qué armas?

LUIS. Con las que usted elija.

CON. La espada.

LUIS. La espada. *(el conde va á darle la mano; don Luis la rehúsa.)*

CON. Esa mano.

LUIS. Despues del combate, si es posible.

SOT. Pero, señores, si la cosa no vale la pena... yo no entiendo...

CON. Vaya un brindis.

SOT. Nada de eso, brindaremos en habiéndose acabado todo.

CON. Entonces, no beberian ustedes hasta mañana. Mozo, venga Champaña.

SAN. *(al mozo.)* Y de camino saca el número 7; sentarse, señores.

Todos. Si, si, sentarse.

(Santos no ha dejado de comer aunque se han levantado un momento y ha vuelto á sentarse antes de sus últimas palabras; los demas, unos siguen al conde á la mesa, otros á Luis que se marcha.)

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO TERCERO.

La misma decoracion del cuadro primero; aun no ha amanecido.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA AGUSTINA, con un niño de pecho, decentemente envuelto y cubierto con un capuchon oscuro, y sube la escalera con precaucion; le trae en un canasto pequeño, despues MARIA.

AGUS. No me han visto: si no subo la escalera! Quién sería! tal vez alguno de los aguadores del patio. *(reconoce el terreno.)* Lo dejaré aquí, ya que he subido; en el suelo; despues me será fácil saber qué vecino lo ha recogido, y ya sé dónde está. Querian que desapareciese para siempre; pero mi proyecto es mejor y mas humano tambien; el niño vivirá, y tal vez me sirva de algo en cualquier dia; lo que si muriera... angelito... aquí junto á esta puerta. *(va á colocar la canasta delante de la puerta de Maria y esta se abre.)* Calle! Se abre! Si me habrá visto alguien? La puerta estaba abierta; pero está corrido el pestillo como si hubieran cerrado en falso. *(hecha una ojeada por la habitacion, y luego entra.)* No habrá nadie! Si me estarán acechando! *(se acerca con precaucion á la puerta de la izquierda.)* Nadie: está sola la habitacion; mejor, aquí. *(mete la canasta bajo la mesa y queda cubierta con el tapete.)* Ya está: ahora huyamos. Logré mi proyecto, y no he tenido que regalar nada: todo para mí. *(se toca al bolsillo del traje, y echa algo de menos con gran agitacion.)* Dios mio! Y los billetes?

(se registra el bolsillo, el pecho, entra en el cuarto, sale siempre muy agitada.) No los tengo!.. Los he perdido!.. Ah! por aquí... nada, nada; Virgen del Consuelo! Los he perdido! Cuarenta mil reales! Corramos! Tal vez por el camino se me habrán caído... en la calle... en la escalera... hace poco que los toqué con mi misma mano... Ah! suben...

(La señora Agustina se esconde en lo alto de la escalera de la boardilla, desapareciendo á espaldas de esta. Maria entra en el mayor desorden, el cabello medio suelto, roto el vestido y con todas las señales de una completa desesperacion. Llega con la llave en la mano, la mete en su puerta, esta se abre y Maria entra y arroja el capuchon sobre una silla. Luego que Maria ha entrado y vuelto la puerta con violencia, la señora Agustina baja con precaucion y se marcha de prisa.)

ESCENA II.

MARIA.

Ay! Qué noche! Qué noche tan fatal! *(se quita el vestido y se pone su bata.)* A dónde me ha conducido este maldito traje! Cómo pagarle! Cómo presentarme á su dueña! Se sabrá... Ellas mismas, las que me han arrastrado á ese baile para perderme, lo dirán. No oi yo sus carcajadas cuando me iba? Y para pagarlo tendré que trabajar un año sin comer, sin descansar. Un año? Quién sabe... toda mi vida... Si, porque mi vida debe ser muy corta; y para qué quiero vivir? No estoy condenada á no salir de este sepulcro? Entre esos placeres que he querido gozar una vez, se halla el delito, la verguenza; esa felicidad está llena de remordimientos. Por fin los he abandonado. Pero Dios mio, por qué no sosiego? Ah, porque, bien lo conozco, para una pobre mujer desamparada, no hay mas alternativa que la miseria ó el deshonor. Si, lo comprendo... No tiemblo tanto al recordar la impudencia del audaz que me insultaba, como el acordarme de lo que esperiménté delante del que me defendia; me seducía su voz, su ademán me fascinaba. Oh! no quiero, no quiero volver á buscar esos placeres que acabarian con la paz de mi alma; no quiero precipitarme en el abismo en que las otras se hallan... Allí el crimen, el deshonor, y aquí la pobreza, la desesperacion! No, aquí la muerte. Si, aun puedo morir honrada; digna todavia de unirme á mi pobre madre. Estoy resuelta, no sufriré ya mas; mi muerte no arrancará á nadie una lágrima... Ah! mi pobre vecino, ese infeliz anciano, tal vez; le dejaré mi último á Dios en una carta. *(se pone á escribir en la mesita.)* Por debajo de la puerta podré introducirla. *(escribiendo.)* «Padre mio, pues usted es el único á quien he podido dar este nombre tan dulce, yo no puedo soportar la vida... quiero morir... cuando usted lea esta, no existirá. Le suplico á usted que venda lo poco que hallará en mi cuarto, y que entregue el dinero á la dueña del vestido que encontrará usted hecho pedazos. Espero que me enterarán en el mismo hoyo que á mi madre.» Los pobres tenemos todos una misma sepultura. Ruegue á Dios por Maria. *(cierra la carta, sale de su cuarto y sube la escalera hasta desaparecer.)*

ESCENA III.

LUIS sube; llega á la puerta del cuarto de MARIA, empuja, entra poco á poco y lo reconoce.

LUIS. Este vestido... es el mismo; aquí vive. Haciendo tan poco que ha entrado, ya ha vuelto á salir de su cuarto? La he seguido; porque á la verdad, ya que voy á darme de estocadas por ella con aquel ente antipático, no quisiera perderlo todo; la muchacha es linda, y

puesto que iba en compañía de aquellas locas, no debe ser ella una virtud romana. A dónde habrá ido? Siénto cierta emoción... y no es porque tenga que batirme, este duelo le deseo mas que ninguno de los que he tenido; quiero habérmelas con un provocativo insolente que confía en su destreza... Amor no puede ser lo que me agita, porque yo no creo en esa pasión; además, esa joven iba acompañada de las queridas de mis amigos, y seguramente no es en compañía del diablo donde se pueden hallar los ángeles. Es preciso que yo la vea; se apuraba porque la rasgué el traje, y ese es un bellissimo pretexto para insinuarme y sondearla, y si se presenta bien, y el conde no me inutiliza un brazo, ó me saca un ojo... veremos. (Maria que ha bajado de la boardilla entra en su habitación.)

MAR. Un hombre!

LUIS. Perdone usted, señora, me he tomado esta libertad... hace poco rato que nos hemos visto en otra parte.

MAR. Si... con efecto y le doy á usted las gracias...

LUIS. Oh! ciertamente que no las merezco, pues aunque sin querer la he ocasionado á usted un disgusto, he venido á cumplir con un deber; cansado de las provocaciones de un insolente, que solo trataba, creo de apurar mi poca paciencia, he cometido la torpeza de estropearla á usted un vestido riquísimo; poniéndola, según parece, en un gran apuro; pero es el caso que ese vestido era, según me han dicho, para minovia.

MAR. Ah! es...

LUIS. Mi futura, si señora, y claro está que siendo el vestido para la marquesita de Casa-Vicente, y habiéndole roto yo, puede decirse le ha roto ella misma.

MAR. Doy á usted las gracias...

LUIS. No, en esto no hay nada que no esté muy en el orden; pero diré á usted mas. La he visto á usted salir del baile tan afligida, tan fuera de si por la pérdida del traje, que me ha parecido que de ningún modo debe usted estar tan provista de medios de subsistencia como de belleza, y la he seguido á usted para tener el gusto de ofrecerle mis auxilios, como persona en quien usted ha escitado simpatías, y que sabe apreciar las bellas cualidades y los atractivos personales que á usted la adornan.

MAR. (ruborizada y sin poder contestar.) Caballero, yo no soy!... (Ah! que vergüenza!) Salga usted sin embargo... (movimiento de sorpresa y atención de este.) Yo aprecio... quiero decir... no acierto... gracias caballero... retirese usted... Ah! (cae sentada en una silla medio de espaldas á Luis. El tio Antonio sube y entra en su boardilla con todos los adminículos, y un puchero donde se supone que hay leche.)

LUIS. (Qué es esto? Esa turbación... Veo que he estado poco diestro; hay en ella un resto de pudor... ó es acaso el orgullo... Ciertas mujeres se ofenden mas de las palabras que de los hechos. (pone con disimulo un bolsillo con dinero en la mesita.) Volveré si la espada del conde me lo permite.) Señora, me retiro, repito que puede usted contar conmigo como con un amigo, uno de sus mas ardientes apasionados. (Maria que se ha levantado, le interrumpe haciéndole temblando una rápida cortesia.) A los pies de usted. (se retira, Maria dá un paso para cerrar la puerta, ve el bolsillo sobre la mesa, le coge con viveza y dice.)

MAR. Cielos! Caballero, caballero. (cortada.) Se dejaba usted olvidado... (le alarga el bolsillo confundida de rubor.)

LUIS. Dios mio!

(Toma lentamente el bolsillo, contemplando la actitud de Maria, al cogerlo con agitacion, aprieta su mano

convulsivamente. Maria la retira y levanta la cabeza con dignidad, don Luis conmovido dice.)

Gracias.

(Hace á Maria una profunda cortesía muda, á que ella contesta con otra bajando los ojos y don Luis, dice.)

Ah!... Si me matará el conde? (vase precipitadamente.)

MAR. (con esplosion.) Infeliz de mí!... Acabemos.

(Maria hace los preparativos para suicidarse... Lo primero escribe un papel que clava con un alfiler al vestido de blonda, el cual cuelga en una percha; cierra perfectamente las vidrieras de la ventana, igualmente la puerta de entrada y la que dá al interior; coloca alguna ropa en las rendijas de debajo de las puertas y tapa los agujeros de las cerraduras. Echa carbon en la hornilla, lo enciende y se arroja delante del cuadro de la Virgen. Entre tanto el tio Antonio vuelca la cesta en el suelo, y sentado en un taburete bajo, y sin respaldo, y colocando el farol en la mesita, va con el gancho recogiendo sus trapos etc. y haciendo varios montones.)

ANT. Vamos al rebusco con toda la escrupulosidad del que de nada ha de hacer algo, entre tanto se levantará Maria, y podrá bajarla, como todos los dias, su puchero de leche para el desayuno. A ver que tal ha sido la noche para mi cesta; veamos si hay algo de bueno entre lo que nadie quiere; entre los residuos que arrojan los vecinos de esta heroica villa.—Valgame Dios! que cosa tan miserable es la corte de España, vista en la cesta de un trapero! Y en resumidas cuentas, todo, lo mas grande como lo mas pequeño, viene á parar aqui. Aqui se encuentran los últimos restos del amor, de la riqueza, del poder, de la gloria, de todo, en fin; todo se halla aqui reducido á papelotes, huesos raídos y trapajos, que aun han de servir. Veamos. (lee un papel.) Las acciones de la sociedad nominada la ilusion, van á ser muy buscadas á causa de las garantías, y los medios de prosperidad, que presentan sus estatutos. «Trapo, trapo. (lee.) Ninguna affection personal, ningun interés privado conduce la pluma de los redactores.» Trapo. Al cesto. Este es manuscrito, una cartita. (lee.) «Angel de luz, mi sangre, mi vida, todo mi ser te sacrificaré contento.» Al cesto. Un pedazo de faldon de una casaca de guardias. Oh! ya pasó, al cesto. Tambien será molida, desecha, convertida como los demas guinapos, en papel, en telas ricas para los vestidos de las grandes señoras; esos vestidos pasarán de ellas á otras, que si no son señoras pretenden serlo; de estas á sus doncellas, despues á sus criadas inferiores, de ellas al mendigo, y del mendigo á la cesta del trapero, para volver á dar principio á su existencia, dando la vuelta á ese grande círculo de miserias y grandezas, que en mi tiene su fin, y su principio.—Un periódico entero, y es de ayer, lo aprovecharemos para el almuerzo; por las mañanas, ya se sabe, me desayuno con pan y periódico, y ya ha de ser hora, porque tengo apetito... Vamos allá. Qué mas puedo apetecer? Tengo el alimento en el bolsillo, y la instruccion en la basura. (ha sacado un panecillo del bolsillo, come y lee.) «Los señores suscritores cuyo abono haya terminado, se servirán renovarlo.» Esto no reza conmigo, yo lo leo gratis. «Males nuevos.» Ola! á ver. (lee.) «Triste, espantosa en sumo grado es para el pais la situacion en que se ha colocado... (se duerme.)

MAR. (con voz algo embargada, deslizándose al suelo desde una silla en que se sentó antes con muestras de hallarse próxima á la asfixia.) Dios mio! perdon... Padre mio! Madre de mi alma! (llamándole la atención un ruido.) Oh! que es eso... gemidos! (levanta el tapete.) Dios eterno! Una criatura! Una criatura! En mi cuarto! (lo saca del cesto.) Abandonada! viva! (con una rodilla en tierra le coloca sobre la otra y esta po

sicion
criati
pobre
ahog
vidri
das l
go á
aban
queri
envia
pobr
vida,
el an
ré pa
mant
perd
ángel
por l
ANT. (lee.)
Siem
hace
dias;
le ll
envu
(enci
—
tro n
de b
seis,
Pob
pobr
mil
Van
buen
man
su d
quit
cant
la c
taré
mej
Ola
(la
tú u
mas
Agu
rol!
Ma
los
MAR.
niñ
ANT.
MAR.
arr
ANT.
Est
MAR.
ANT.
cria
MAR.
ANT.
MAR.
ANT.
mat

*Botas. Pierrat Pandelo
B. Flores 11*

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Una sala de la casa del marqués; puerta en el fondo, una ventana á la derecha y una á cada lado.

A cada lado, en primer término, un sofá, y delante una mesita de té, dos butacas, y otra silla manuable: sobre la mesita izquierda, escribanía pequeña con campanilla, papel, etc. Sobre la de la derecha un cofrecillo ó neceser pequeño; otros muebles, todo de lujo.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, CLARA y ROSA; el Marqués sentado á la mesita de la izquierda. Clara en pie delante de la otra sacando billetes de banco del neceser, y dándoselos á Rosa.

MARQ. (Acabemos las cuentas. Haga la suerte que esta tutela tan provechosa á mi posición y á mi fortuna, no me sea todavía fatal.)

CLA. (á Rosa.) Ese billete de quinientos reales á los pobres del barrio. Ese otro á la Inclusa. Este de mil á la presidenta de las señoras de la junta de Beneficencia. Que me traigan los recibos. Llévelo usted todo al mayordomo de mi parte. (vase la doncella. Clara cierra el neceser.)

MARQ. (sentado.) Todo eso está bien, querida Clara. Esos rasgos filantrópicos con que constantemente te acreditas, contribuyen no poco á la buena reputación de que gozamos; pero ya sabes que eso no basta para nuestra tranquilidad. Es preciso no dejar el menor pretexto á la maledicencia despues de haberse hecho tan público tu insensato amor al difunto Barón. Tu boda con mi pupilo es indispensable.

CLA. Pero por qué tan pronto?

MARQ. Yo digo que ya se retarda demasiado, y estoy muy arrepentido de mi condescendencia. Este enlace, tres meses há anunciado á todo el mundo y que diferí al principio para dar trégua á tus lamentos por la desgraciada muerte del Barón; empieza á ser mirado con frialdad por Luis; y eso me alarma, me inquieta sobremanera.

CLA. Pues acaso él dificulta?..

MARQ. Desde su duelo con el conde del Junco, á quien tuvo la fortuna ó la desgracia de inutilizar para siempre el brazo derecho, noto en su conducta un cambio que me dá en qué pensar. No asiste mas á los bailes ni á las francachelas; ha perdido su afición á los caballos, á las diversiones, á las locuras tan propias de su edad... no juega, no gasta... Vamos, no hace nada de lo que es natural en su posición. Oh! en eso hay alguna causa misteriosa, y esa causa no puede ser otra que algun amor que tal vez haya alimentado en silencio.

CLA. (Ojalá!) Algun amor dice usted?

MARQ. Si, yo he hecho mis indagaciones, y creo que hay de por medio los ojos negros de una modistilla.

CLA. (Ah!) Eso no será nada.

MARQ. La misma de que hace algunos meses te sirves cuando está muy ocupada tu modista. (Tu indiferencia para con él, tus dilaciones han dado lugar á esto, y es indispensable cortar ese capricho de mozo, antes que se convierta en pasión. Esa muchacha es tanto mas peligrosa, cuanto que se resiste á sus pretensiones.... yo lo sé, y conozco bien á Luis; si llegara á enamorarse de veras, sería capaz de todo: es preciso oponer á semejante locura el casamiento.)

CLA. (Y sacrificarme dos veces á la inconsiderada voluntad de mi padre!)

sición se advierte por la laxitud de los miembros de la criatura artificial, que está falta de sentido.) Está fría! pobrecita! Qué tiene? Se muere... Ah! es el tufo, se ahoga... Aire, Dios mío! aire! (rompe de un golpe los vidrios de la ventana, con la mayor ansiedad abre todas las puertas.) Qué iba yo á hacer! A matar conmigo á esta criatura! Ah! pobrecita! (la besa.) ¡A han abandonado en mi cuarto, y cómo? Oh! Dios no ha querido que yo cometiese un doble crimen, y me ha enviado este ángel para impedir mi muerte.—Vive, pobre niño abandonado, vive; mi alma recobra nueva vida, nuevo vigor por ti, pobre criatura, que necesitas el amparo de una madre que te rechaza. Ah! yo lo seré para ti; yo trabajaré sin descanso noche y día, para mantenerte, y si muero de fatiga, oh Dios mío! me perdonarás el suicidio que intentaba; porque tendré un ángel que me lllore y que interceda por mí. (se entra por la puerta de la izquierda con el niño.)

ANT. (despertándose.) Eh! Che! sopla, me dormía... (lee.) «Hum! Hum! mientras no dejen el puesto que... Siempre que leo estas cosas me duermo, así es que ya hace años que leyendo periódicos me duermo todos los días; acabemos la tarea. (echa algunos papeles mas y le llama la atención un paquetillo.) Qué es esto? Esta envuelto. Eh! qué, si me harán los ojos chirivitas? (enciende en el farol el cabo rápidamente; leyendo.) —«El banco español de San Fernando pagará... cuatro mil reales; otros cuatro mil! Dios mío! Son billetes de banco, todos de cuatro mil reales, uno, dos, tres, seis, ocho, diez, cuarenta mil reales! Una fortuna! Pobre hombre el que los haya perdido! Digo, no tan pobre. El que puede perder diez billetes de á cuatro mil reales juntos!— Si serán buenos? Bien lo parecen. Vamos, esta noche ya he ganado el jornal; me darán un buen hallazgo, y podré comprar una cesta nueva y un manton para Maria; guardémoslos hasta que parezca su dueño. Dónde los esconderé? Diantre! si me los quitasen! Es mucho cuidado tener que guardar una cantidad tan crecida, y que no es mía. Los meteré en la cartera que conservo del pobre Santiago, y la ocultaré dentro de mi gergon; así dormiré con ellos; es lo mejor. (lo hace viendo en el suelo la carta de Maria.) O! otro paquete; no, es una carta; qué significa esto? (la abre y lee.) Maria, pobre Maria, hija de mi alma; tú morir, no. (corriendo y bajando las escaleras con mas precipitación que la que le permite su vejez.) Aguada, no mueras; Maria! vecinos! socorro! socorro! (su voz algo embargada por el susto y la agitación. Maria sale de la puerta de la izquierda con el niño en los brazos.)

MAR. Ese ruido! Vendrán á quitarme! (abrazándose al niño maternalmente.)

ANT. Maria, Maria. (entrando.)

MAR. Quién es? qué... (estrecha al niño por si quieren arrebatárselo.)

ANT. Yo, Maria! Qué haces? Qué es eso? Esa criatura! Esta carta...

MAR. Tranquilizese usted, tío Antonio, es mia.

ANT. Tuya, tuya. Pero de qué hablas? De la carta ó de la criatura?

MAR. De las dos.

ANT. Tienes una criatura...

MAR. Mire usted. (enseñándosela.)

ANT. En los brazos... Ah! entonces es imposible que se mate. (cae en la silla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Rosa. (por el foro.) Señorita; ahí está esa jóven que trabaja para casa.

CLA. Maria? Que entre.

MARQ. No te des por entendida.

CLA. No me haré tan poco favor.

ESCENA II.

Dichos y MARIA.

MAR. Señorita, perdone usted si vengo á molestarla aun cuando no tengo acabada la obra que me llevé la semana pasada.

CLA. Pues qué ocurre?

MAR. Yo no sé cómo decirla á usted... cómo explicarla... No he podido concluir aquella ropa blanca, porque es trabajo que requiere mas tiempo; pero como usted ha sido tan bondadosa para conmigo, que ha seguido usted dándome que hacer de cuando en cuando, á pesar de la desgracia que tuve con el vestido, me he determinado, hallándome apurada, á venir á pedirle á usted un favor que apreciaré en el alma.

CLA. Y cuál?

MAR. Que tenga usted la condescendencia de adelantarme cuatro duros. La semana que entra traeré á usted concluida la obra, y del importe podrá usted desquitar esa cantidad, al mismo tiempo que la que corresponde á este mes, para el pago de la blonda del vestido que rompí.

CLA. Bien; pero extraño que usted que es tan arreglada, y tan muger de su casa...

MAR. Es que como ahora no soy yo sola á gastar...

CLA. Cómo?

MAR. Hace tres meses tengo á mi cargo una criatura abandonada.

MARQ. (á un tiempo.) Ella!

CLA. (id.) Usted?

MAR. Si señora; un niño recién-nacido que encontré en mi cuarto hace tres meses, la noche del 4 de febrero. (Clara y el Marqués asombrados se miran rápidamente.)

MARQ. La noche del 4 de febrero?

MAR. Si señor, la noche del martes de carnaval; volviendo yo del baile de Villa-Hermosa, encontré mi cuarto, no sé si abierto ó cerrado, porque yo venia muy agitada para poder repararlo, y debajo de una mesa hallé al pobre niño metido en una cestita, y envuelto con ricos pañuelos de batista, á los cuales habian cortado con las tigeras las puntas en que tenia la marca, sin duda. Yo compadecida de aquella pobre criatura, me quedé con ella.

CLA. Ah!

MARQ. (Clara!)

MAR. Qué tiene usted, señorita?

MARQ. Nada. Y usted conserva el niño en su poder?

MAR. Al instante le puse en ama fuera de mi casa, y le he pagado puntualmente los dos primeros meses su salario, además de regalarla y darla todo lo necesario para que nada falte al niño; pero no habiendo podido pagarla á tiempo el tercer mes, se ha cansado de esperarme á los ocho días, y esta mañana me ha traído á casa el angelito y me lo ha dejado con la mayor inhumanidad; y para llevárselo á otra, es para lo que necesito ese dinero; conque señorita, una vez que usted tiene la bondad...

MARQ. De ningún modo pasará mi hija por semejante supercheria; yo me opongo. Qué fábula es esa con que venia usted á sorprendernos? Usted abusa del interés con que se la miraba en esta casa, por ser hija del pobre Santiago, muerto desastrosamente, siendo

criado del señor de Villanueva mi consocio. Que le han dejado en su cuarto el niño sin saber cómo! Vea usted como puede atender á sus obligaciones: mi hija emplea su caridad con los desgraciados, de ningún modo la destina á alentar el vicio... En fin, vaya usted con Dios.

CLA. Padre!

MAR. Déjele usted, señorita: las injurias del señor Marqués no me afrentan, porque no las merezco; y en cuanto al socorro que me niega, venderé muy contenta lo poco que tengo, y nada le faltará al pobre niño que Dios me ha confiado. Nada mas replicaré. (cortesia y vase.)

ESCENA III.

MARQUES, CLARA.

MARQ. Desventurada! Me has hecho temblar!

CLA. Ah! yo me ahogo: esa ventana... (va á abrirla el Marqués.)

MARQ. Crei que te vendia tu emocion, afortunadamente estaba yo á tu lado.

CLA. Pero usted me engañó: usted me dijo que murió á las pocas horas de haber nacido, y vive!

MARQ. Si es el mismo, yo he sido engañado tambien; pronto lo sabré. (se ha puesto á escribir y llama.)

CLA. Pero qué hizo usted de él? Oh! si llega á saberse mi deshonra... Dios mío! Y si es él, es preciso sacarle de allí. (sale Marcos.)

MARQ. Silencio, imprudente! Pronto, esa carta á su destino. (al criado que se va.) Al menos sabremos á qué atenernos. Puede que no tenga la menor relacion lo uno con lo otro. En averiguándolo, veré yo lo que se ha de hacer. De todos modos, lo que es indispensable es concluir ese enlace reparador. Ahora es mas necesario que nunca que te cases con mi pupilo.

CLA. Pero si yo no le amo!

MARQ. Y por qué? Acaso Luis no tiene cualidades dignas de ser apreciadas?

CLA. Su carácter es violento, y si algun dia llegase á sospechar de mi... Ah!

MARQ. Di mas bien que tú siempre parece que te has propuesto contrariar mis designios. Sabias mi abierta oposicion á que te enlazases con el Baron, y seguiste fomentando sus esperanzas: le prohibí la entrada en mi casa, te amenacé con hacer caer sobre ti todo el peso de mi indignacion, y su muerte vino á hacer patente tu inobediencia y mi deshonra. Clara, no quiero recordarte lo pasado; solo exijo que me obedezcas ciegamente en esta ocasion.

CLA. Acaso no hallaré otro hombre con quien tenga menos repugnancia para callar mi infortunio, ó mas valor para confesárselo que á Luis? Es imposible; jamás podré darle mi mano.

MARQ. Pero, infeliz, no has comprendido que mi pupilo es el único que puede proporcionarnos á ti la fortuna, y á mi el honor, la felicidad, la vida misma?

CLA. Cómo?

MARQ. Escucha, desventurada, puesto que es forzoso, y dime si queda otro medio en nuestra situacion. En mi juventud, borrascosa como la de Luis, consumí un rico patrimonio con las lecuras propias de quien no piensa en otra edad. Cuando estaba yo en la miseria, en la desesperacion, conseguí á gran precio, á costa tal vez de sacrificar mi reposo de toda la vida, conseguí adquirir... es decir, pude juntar un pequeño capital, y al poco tiempo de haber hallado el padre de Luis á su cajero Santiago muerto á la puerta de su casa, entré socio suyo, imponiendo en su giro el fruto de

mis hondos afanes, solo con el objeto de evitar á Villanueva el ansia que le consumia á todas horas por descubrir al asesino de Santiago; encargándome yo de averiguarlo con todo empeño. No conseguimos saberlo jamás, aunque llegué en varias ocasiones á temblar por el matador, á quien una vez descubierto, hubiera visto en un cadalso, pues por algun tiempo no tuvo otro anhelo Villanueva. Los cuidados y desvelos con que yo supe granjearme su estimacion, hicieron que mi consocio y amigo, al morir, sin mas pariente inmediato que su hijo Luis, me dejase por tutor y administrador de sus caudales, como de los míos. Luis era muy niño cuando murió su padre, cuya fortuna era inmensa, hija mia; pero no sé por qué fatalidad que me persigue, mil reveses de la suerte; el desconcierto en la mayor parte de los negocios que he emprendido, el lujo conque nos ha sido preciso vivir para honrar este vano título que conseguí para desvanecerme, tu afan por los placeres, todo ha contribuido á un descenso tal, que el día en que Luis pretendiese averiguar cuál fué la herencia que le dejó su padre, y decidiera recobrarla, la miseria y el oprobio seria lo que quedase para nosotros. Dime ahora, que conoces tu posicion y la mia, si es ó no indispensable que Luis no salga de esta casa, de mi lado jamás; que sea, en fin, mi hijo, si tú has de conservar tu padre y el lugar que ocupas á los ojos del mundo.

CLA. Ah! padre! Qué cuadro tan terrible acaba de presentarse á mi vista al descorrer ese espeso velo que me ocultaba nuestra fatal existencia. Con que no hay para mí mas alternativa que la miseria ó el sacrificio de mi voluntad, de mi albedrio? Venturosa mil veces, mas venturosa que yo la pobre jóven que acaba de salir de esta estancia; mil veces mas dichosa con su humilde trage, su modesta morada, y el pan que gana con su penoso trabajo: al menos su corazon goza de entera libertad.

MARQ. Mas dichosa que tú, porque puedo vivir sin unos goces de que no ha disfrutado jamás! Pero si como tú los hubiera alcanzado, le seria imposible renunciar á ellos voluntariamente. No has notado cómo prende en el pecho la llama de los placeres que alhagan nuestra vanidad? Ah! que el tuyo tambien lo ha abrasado lentamente. Por qué diste, entre todos tus adoradores, la preferencia al Baron? Porque era el mas opulento, Clara. Ah! yo tambien le hubiera preferido si no hubiera sido, porque al darle razon de que tu fortuna y la mia pertenecian á mi pupilo, un triste desengaño hubiera dejado burladas tus brillantes esperanzas y las mías, undiéndonos en la nada. Lo que entonces era un temor fundado, ahora es una certidumbre cruel. Para no enlazarte con Luis, necesitas renunciar á todo; necesitas reducirte á vivir como esa jóven que acabas de nombrarme. Te sientes con fuerzas para ello? Responde.

CLA. No; es imposible.

MARQ. No necesito saber mas; retírate.

CLA. Adios, padre mio! Solo deseo que nadie pueda humillarme un dia; yo creí que la felicidad de que habia disfrutado hasta hace poco tiempo, era mia, que nadie podria arrebatarmela, porque mi padre me la proporcionaba; hoy he sabido que mal me puede dar una paz de que él mismo no disfrutaba... Paciencia; resignada me hallará á desvanecerme con esa aparente dicha, que necesita del fingimiento para existir. Haga usted lo que quiera de mí. *(vase conmovida.)*

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

He aqui las consecuencias de mi primera falta! Oh! fatalidad!—Oh! crimen que cayendo sobre mí, abrumba tambien con su peso á mi infeliz hija! Siempre obligado á mentir, á engañar, á seguir con los ojos cerrados y el brazo estendido, por una senda de violencia y de astucia, de lágrimas y de sangre, hasta el fondo del abismo que me aguarda. Oh! fortuna! Vanidad! Mónstruos insaciables del aberno, qué quereis de mí? El hombre os inmola á otros hombres, despues os inmola su propia familia; por último se inmola á sí mismo sin poderlo evitar. Cuando preferí el asesinato al suicidio, creí salvarme, vivir dichoso, rescatar el bien que me faltaba con el mal que hacia. Insensato de mí! No tengo riquezas, porque no tengo reposo; no tengo familia, porque mi hija es mi víctima, y va á ser mi cómplice, y me encuentro solo en mi corazon, muerto aqui como en la noche del sepulcro. Ah! el asesinato es el verdadero suicidio. No fué la existencia de Santiago la que estinguí, no, fué la mia propia, la mia, y tal vez para toda una eternidad! Oh! Miserable de mí! *(cae abatido en un asiento, pocos momentos despues llaman á la puerta del foro y vá á abrir.)*

ESCENA V.

Dicho, AGUSTINA.

MARQ. Ah! es usted!

AGUS. Vengo á ver qué se ofrece.

MARQ. (Sigue, anda, anda, Judío errante del crimen; ya no puedes parar.)

AGUS. He recibido una carta de usted. Está acaso mala la señorita?

MARQ. Usted ha faltado á su promesa villanamente. Usted se habia obligado á hacer desaparecer el niño.

AGUS. Pero por qué me dice usted?..

MARQ. A hacerle desaparecer para siempre.

AGUS. Señor Marqués, perdóneme usted; he faltado á mi promesa, lo confieso; no me atreví á cumplirla; pero no tenga usted cuidado...

MARQ. Y no sabia usted que faltando á su promesa, comprometia usted el honor de una familia poderosa? Que engañaba usted torpemente al hombre que con tanta generosidad le habia á usted pagado aquel servicio?

AGUS. Ah! bien castigada estoy con la pérdida de los billetes.

MARQ. No creo en esa supuesta pérdida, y me los vá usted á devolver inmediatamente.

AGUS. Ay, señor Marqués, no lo dude usted. Usted me prohibió anunciar su pérdida, y tal vez porque yo consentí en ello, creará usted que miento; pero la prueba de que es verdad, es que no pudiendo ya resistir al deseo de recuperarlos, aunque lo creo imposible, hoy los he hecho anunciar; no tiene usted mas que leerlo en el Diario.

MARQ. Conque de veras los ha perdido usted?

AGUS. Ay! señor, todos, sin quedarme uno siquiera.

MARQ. Pues bien; yo le daré á usted otro tanto dinero...

AGUS. Cómo?

MARQ. Si usted hace esta vez, lo que no quiso hacer tres meses ha.

AGUS. Pero...

MARQ. Usted sabe que yo no ignoro que vive usted en

Madrid con un nombre supuesto, á causa de haber sido condenada en otra parte á una pena afflictiva, por un crimen de aquellos á que su profesion de usted puede dar lugar; por consiguiente, se halla usted en mi poder, y yo puedo perderla á usted ó volver á hacerla rica. — Silencio. — No solo faltó usted á su promesa, sino que por una fatalidad, fué usted á dejar ese padron de mi deshonra en una casa que frecuenta mi pupilo, cuya menor sospecha pudiera perderme: por otra parte, á mis intereses de familia no conviene que la jóven que le fascina esté por mas tiempo haciendo á sus ojos el papel interesante y tierno que usted la ha encomendado con su desmañada conducta. Elija usted; ó cumplir mis órdenes y ser dueña de dos mil duros en seguida, ó disponerse á comparecer ante los tribunales.

AGUS. Bien, señor. Usted me dará otros dos mil duros?

MARQ. Si, como sean completamente cumplidos mis mandatos.

AGUS. Lo serán.

MARQ. Y en seguida saldrá usted de Madrid?

AGUS. Y de España tambien.

MARQ. Entonces, sígame usted.

AGUS. Al instante.

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO SEGUNDO.

La boardilla del tio Antonio y el cuarto de Maria.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, sacando del cofre alguna ropa blanca, examinándola y colocándola en una silla.

Estos dos pares de enaguas que son las mejores: las dos camisas nuevas: esta tohalla y este mantel, que no es malo: las sábanas que no están remendadas y este manton que ahora no me hace falta. Bien darán por todo en el Monte de Piedad los cuatro duros que necesito. Siempre es mejor empeñar allí la ropa, que venderla por un pedazo de pan. Muy inhumano ha estado el marqués; pero yo saldré del apuro: empeñaré hoy esta ropa, y la semana que viene la sacaré con el importe de la labor que voy á acabar. Yo no sé en qué consiste; mi suerte no ha cambiado, y sin embargo, estoy tranquila; tengo mas esperanzas en el porvenir desde que puedo servir de madre á este pobre niño. (mirando desde la puerta de la izquierda.) Cómo duerme! (mirando el puchero que sacó el tio Antonio.) Todavía tengo aquí que darle cuando despierte; si tengo para todo el día, gracias al tio Antonio, que todas las mañanas me baja el desayuno.

ESCENA II.

Dicha, el TIO ANTONIO.

ANT. (sube con un Diario de Avisos en la mano.) Maria, Mariquita, hija mia.

MAR. Ah! usted, tio Antonio?

ANT. Buenas noticias; ya pareció el dueño de los billetes.

MAR. De veras?

ANT. No hay mas. Viene en el Diario, escucha, escucha. «En la noche del martes de carnaval último, se perdieron diez billetes de á cuatro mil reales del Banco de San Fernando, desde la calle de la Concepcion Gerónima á la de Ministriles; la persona que los hubiese encontrado, se servirá entregarlos en la calle de la Paloma, casa de doña Agustina Arroyo, quien dará mas

señas y un buen hallazgo.» Por fin voy á salir de ellos.

MAR. Vamos; descansará usted de ese cuidado.

ANT. Yo lo creo. — Estoy esperando que la tia Brígida me traiga la camisa que me llevó ayer al río, y en cuanto venga, me la pongo con los trapitos de cristianar; y me voy á ver á esa doña Agustina, que me agradecerá la visita. No es verdad?

MAR. Yo lo creo. (está arreglando la ropa.)

ANT. Siempre me regalara lo suficiente para que no tengas que empeñar la ropa ahora. En verdad, que para que yo estuviese completamente contento, solo faltaba que pareciese tambien el dueño, el verdadero dueño de esa criatura.

MAR. Ay! tio Antonio! Eso no es lo mismo.

ANT. Es que, la verdad, quisiera que salieses de ese cuidado, como yo de el de los billetes.

MAR. Angelito! Quién sabe si será mas dichoso conmigo! No le han perdido á él por casualidad, como los billetes; y cuando le han abandonado, señal de que no podían tenerle... Oh! mejor está á mi lado.

ANT. Todo eso está muy bien; pero tú pasas á veces las noches en blanco, trabajando para mantenerle, y eso te quitará la vida.

MAR. Al contrario, eso es lo que me la hace agradable: á no ser por él, yo hubiera muerto, ya lo sabe usted.

ANT. Oh! vamos, vamos; como si yo no supiera lo que hay; dónde está el chal que tenias y la mantilla de sarga? Todo se lo vá llevando Patillas. Ademas, tú eres demasiado buena, y no sabes el daño que te estás haciendo. — Siéntate, siéntate un poco, que tengo que hablarte. (se sientan.) Como te decia... tú eres demasiado bondadosa, y dice el proverbio, al que se hace de miel, las moscas se le comen. No sabes que hay cosas muy buenas que parecen malas, así como hay otras malas que parecen buenas. Tú has recogido esa criatura llevada de tu buen corazon, y has de saber que tu buena accion es causa de que te murmuren en la vecindad y en el barrio: cada cual hace sus calendarios acerca de la cosa, y quien lo paga eres tú.

MAR. Déjelos usted, tio Antonio; mas vale ser muger de bien, que parecerlo.

ANT. No digo lo contrario; pero hay que estar en todo: no falta quien repare que hace algun tiempo andas algo pensativa; ven que entra en tu casa un jóven muy petrimetre, muy bueno, no digo lo contrario, y que será muy mirado y respetuoso para contigo, no lo dudo; pero qué quieres, el joven por un lado, el niño por otro, vé á atajar la malas lenguas.

MAR. Yo no tengo nada que echarme en cara. No creo que me he faltado recibiendo á ese caballero que vino á excusarse conmigo al otro día del lance del traje. Sin embargo, si en ello cree usted que hago mal, no volveré á verle; pero por lo que toca al niño, tio Antonio, usted mismo no creo que piense lo que dice.

ANT. Si tal; si lo pienso; un niño abandonado tiene en Madrid donde estar, y no hay necesidad de guardar en casa esa simiente de desgracias. Es menester que pienses mas en ti misma, aunque sea á costa de pensar menos en los demas.

MAR. Y puede usted hablarme así, tio Antonio? No ha amado usted jamás á nadie en el mundo? Si usted supiera cuan dulce es tener alguien en quien poner su cariño! Y si usted no lo sabe, por qué se interesa usted por mi.

ANT. Por qué... por qué...

MAR. Si: responda usted, ¿por qué?

ANT. Por qué? Voy á decírtelo. Yo no sé donde nací ni cuando: fui abandonado como el niño que tienes ahí dentro: solamente que á mi me abandonaron en regla, en el asilo de la horfandad. De niño no he conocido padre ni madre: hombre ya, no he tenido mujer ni hijos: nadie me ha amado, ni yo he amado á nadie; tampoco he podido hacerlo por mi escasez de medios; no á todos les es posible tener familia; se necesita que haya con qué mantenerla, y un pobre trapero... como yo... Ay! hija mia! Cuantas veces al verme solo entre las cuatro paredes de mi guardilla... aquellas paredes eran bastante grandes, y sin embargo, mi corazon se hallaba estrecho dentro de ellas; estaba el cuarto vacío y yo me ahogaba en él... Me acuerdo de que hubo un día en que desee la cárcel por no vivir solo. Entonces tomé por compañero el vino y el aguardiente, y esos fueron mis amigos durante muchos años. Pero un día ocurrió una gran desgracia, la muerte de un hombre de la cual fué causa mi pasión por el vino. Oh! nadie puede calcular de lo que es capaz ese vicio! La muerte de un infeliz padre de familia, hija mia, que no pude impedir por estar embriagado, y desde entonces juré no beber mas, y velar como pudiera por su hija. Me has visto, Maria, alguna vez bebido desde que habito junto á tí? No; jamás: en otro tiempo si hubiera estado un solo día sin beber, hubiera creído que me moria; ahora lo creeria si estubiera un día sin verte. No sé en qué consiste, pero no pienso mas que en tí, y siento en mi interior un no sé qué, que no puedo explicarme; pero que vale mas que un vino delicioso.

MAR. Pobre anciano!

ANT. Si, cuando te considero tan buena, trabajando á todas las horas que dá el reló; cuando recuerdo cómo cuidabas de tu anciana madre, cuando veo como te desvelas por mantener á esa desgraciada criatura, digo muchas veces lo que tú decias hace poco; qué bueno es querer á alguien? Y pensándolo y diciéndolo para mi, he ido queriéndote á tí, yo no sé cómo, si como á una hija, como á una hermana, ó de qué manera; no puedo explicártelo, porque yo no he tenido nunca hermana, ni hija, ni madre, ni he amado ni aborrecido á nadie jamás: lo que sé es, que yo vengo á tener la misma edad que tendria tu padre si viviese, y.... si, eso es, yo te quiero como un padre, como si fueras mi hija, porque... cuando me llamas padre, el corazon me salta dentro del pecho de alegría, y por evitarte una lágrima, daría la mitad de mi sangre, y lloraria toda mi vida como si mis ojos fueran dos fuentes por hacerte sonreír solo un momento.

MAR. Ah! padre mio! Una lágrima!

ANT. Si, hija de mi alma, es una lágrima, pero una lágrima de alegría; déjala correr, deja á mi corazon que rebose en el placer de que tú le has inundado.

—Y me preguntas por qué me intereso por tí! Porque cuando te contemplo con esos ojos tan dulces, con esas mejillas de rosa, con esa boca infantil y ese ademán tan tierno, me parece que eres un angel que vela por los últimos días de mi vida... Porque cuando puedo venir, como ahora, y sentarme á tu lado para hablar contigo, teniendo entre mis manos, yertas por la edad, las tuyas pequeñas y blancas, estrechándolas dulcemente entre las mías, me considero tan feliz que me ahoga la dicha; porque creo entonces que yo tambien tengo familia, que tengo una hija, que tengo mi parte, en fin, en este mundo, esa parte de felicidad que Dios nos ha dado á todos al darnos el corazon. Oh! hija mia!

MAR. Padre!

ANT. Ah!

MAR. Oh! Qué bueno es mi padre. Pues bien, yo amo á ese inocente niño como usted me ama á mi; y voy ahora mismo al monte de piedad á empeñar esa ropa.

ANT. Pero deja que yo lleve los billetes: puede que no haya necesidad.

MAR. No; si luego tiene usted dinero, pronto se desempaña... Ay, ya ha despertado. (*entra por él y lo saca en brazos al instante.*) No es verdad que es muy hermoso?

ANT. Eso si, es muy bonito. (*haciéndole fiestas.*) Eh? Chuchi! chiqui! chiqui!

MAR. Téngale usted un ratito; pronto vuelvo: si llora, en la cocina hay una taza con leche, la que tiene encima una tapadera y una cucharita pequeña... hasta luego. (*vase.*)

ANT. Pero oye... (*con el niño en brazos.*) Hace de mí lo que quiere. (*volviéndose á mirar al niño.*) ¿Ola? qué es eso? no está usted contento? Pobrecito! Es preciso ir ejercitando la paciencia... Como busca... cuerno! ha atrapado un botón!... como se ingentan los hijos de los pobres! Ah! cierra los ojos: á la (*pasando y arrullándole.*) ro, ro, ro, ro; á la ro, ro, ro, ro; á la ro ro: á la ro ro; etc. Se duerme; voy á echarle en la cama de Maria. (*se entra y sale.*) Angelito! se quedó como un tronco: he! vamos á fumar un cigarro; voy por el bote; dejaré la puerta abierta para oírle si llora. (*sube á su boardilla y se le ve tomar un cigarro del bote.*)

ESCENA III.

EL TIO ANTONIO, LA SEÑORA AGUSTINA, luego DON LUIS.

AGUS. Está fuera.

(La señora Agustina sube con precaucion cubierta con una mantilla de velo y un manto: reconoce el cuarto, entra en la puerta de la izquierda y sale con el niño debajo del manto.)

Vamos. (*vase.*)

ANT. (*en la boardilla.*) Se me figura que he oído á alguien entrar en el cuarto de Maria: si será ella? Diantre! Si no me halla y el niño llora, me va á regañar. (*baja; apenas ha entrado, sube y entra don Luis.*) No, no ha venido... Quién entra? Ah! el caballero... Adelante.

LUIS. ¿No está en casa?

ANT. No señor; ha salido. Si quiere usted esperarla, no puede tardar; sino yo me encargo de decirle lo que usted....

LUIS. La aguardaré. (*se sienta.*) Me hallo perfectamente en este cuartito, tan agradable, aunque tan humilde.

ANT. (Pues señor, esto no puede seguir; yo voy á decirle...) Usted es el señorito don Luis de Villanueva? No hace mucho que estube hablando de usted con Maria.

LUIS. Acaso usted es el tío Antonio, de quien me ha hablado?

ANT. Le ha hablado á usted ella de mi; eh?

LUIS. Si, muchas veces; me ha dicho que usted la quiere mucho.

ANT. Pues no ha dicho mas que la verdad, y precisamente porque la quiero es por lo que voy... aunque usted perdona, á preguntarle, con qué fin viene usted á verla.

LUIS. Y yo, merced á los títulos que le dá á usted el cariño que la profesa, no tengo inconveniente en es-

plicarme hasta cierto punto. Yo vi á Maria en Villa-Hermosa, me gustó su modo de conducirse en cierto lance aquella noche; al día siguiente me bati casi por ella; y la vengué de un insolente, que se atrevió á ultrajarla: he seguido viéndola; he concluido por desear hallarme siempre á su lado, y ahí tiene usted el motivo de visitarla con frecuencia.

ANT. Ya; pero eso no es contestar á mi pregunta: yo no deseo saber el motivo, sino el fin que usted lleva en visitarla; no por qué la visita usted, sino para qué la visita: esta es la cosa.

LUIS. A eso le diré á usted, que me pregunta demasiado; puesto que para contestarle, seria preciso darle á usted cuenta hasta de mis pensamientos ó engañarle; y si bien Maria pudiera tener derecho á exigir de mí lo primero, á usted, que no está en su caso, tampoco le creo acreedor á lo segundo.

ANT. Lo segundo es lo de engañarme, no es eso?

LUIS. Pues.

ANT. Ya: es que para llegar á ese segundo caso, necesita usted dos cosas: la primera querer engañarme, lo cual no me atrevo á creer aun, y la segunda, que yo me deje engañar, y eso corre de mi cuenta evitarlo.

LUIS. Veo, tío Antonio, que arguye usted con cierta lógica natural, que demuestra su buen discernimiento.

ANT. Gracias.

LUIS. Sin embargo, los argumentos de usted flaquean por la base. Le he negado á usted el derecho de interrogarme tan hondamente, y por consiguiente no podemos pasar adelante.

ANT. Permítame usted: no solo podemos, sino que vamos á pasar adelante.— Cachaza, que yo me explicaré. No es lo mismo que usted me niegue ese derecho, que el que yo dege de tenerle. Yo ocupo, respecto á Maria, el lugar de padre, porque el que la dió el ser me la recomendó al espirar; y usted no puede desconocer, que además, mi edad, mi cariño hacia ella, el respeto que me tiene, su misma horfandad y su inocencia, me autorizan suficientemente.

LUIS. No creo que yo haya puesto su inocencia en peligro con mis visitas.

ANT. Esa ya es otra cuestion, en que no entraré sin haber salido de la primera, porque me confundiria y no quiero estraviarme. Usted no habrá puesto hasta ahora en peligro la inocencia de Maria, pero si su buena reputacion.

LUIS. Cómo?

ANT. Caballerito, usted es demasiado rico y elegante para que pueda visitar á una pobre muchacha que vive en la escasez, sin que murmuren las gentes.

LUIS. El diantre es usted, tío Antonio; veo que Maria no atreviéndose á provocar en mi esta explicacion, ha sabido escoger un buen intérprete.

ANT. Pues vé usted lo que no hay; porque Maria no me ha dicho nada, ni aun sospechaba hasta hoy lo mal que le estaba el recibir á usted en su casa á todas horas.

LUIS. Ah! Pues una vez que no es Maria quien rechaza mis visitas, estoy resuelto á continuarlas, sin dar explicaciones mas que á ella misma.

ANT. Bien: esa es ya para mi una contestacion terminante, en vista de la cual puedo tomar una resolucion. Puesto que usted no me dice cuáles son sus miras, debo creer que no son las mas honradas, pues á serlo, no me las ocultaria usted.— Lo que no se me explica puedo yo entenderlo como quiera. Mas antes de tomar una resolucion, le suplico que deje de visitar á Maria, y espero que no se negará usted al ruego de

un anciano, que le pide á usted en nombre de lo que hay mas respetable, la honra de una jóven, que desista usted de un empeño, que solo puede tener por resultado, un tardio arrepentimiento para los dos. He concluido. (Pausa.)

LUIS. Veo que tiene usted razon de su parte; estoy pronto á seguir su consejo de usted; mas antes de despedirme de esta casa para siempre, quiero tener una explicacion con Maria; quiero hacer algo por ella, ya que no me es dado consagrarle mi vida toda entera.

ANT. Pero á qué pueden conducir esas explicaciones? Créame usted, don Luis: lo que á usted le conviene como á Maria, es olvidar completamente que se han conocido: renunciar á quiméricas ilusiones, que nada tienen de realizables.

MAR. (desde fuera.) Padre! padre!

LUIS. Ya está aqui.

ANT. Enhorabuena: despídase usted de ella, puesto que no hay otro remedio.

ESCENA IV.

Dichos y MARIA.

MAR. (entrando.) Ya he empeñado la ropa: me han dado cuatro duros! Ah! don Luis!

ANT. (Estoy aqui de mas: ella sabrá despacharle; escucharé desde la escalera para despedirle al salir.) Señor don Luis, cuento con su palabra de usted. (se va, enciende y fuma en la meseta.)

MAR. Cuál?

LUIS. Nada, Maria; una que acabo de darle, y que me ha de costar trabajo cumplir; pero que es indispensable. Tengo que hablarla á usted seriamente; ya se lo indiqué ayer. Desde que la trato á usted, gozo de la vida de un modo tan grato á mi corazon, que me parece que poseo una nueva existencia: he abandonado todos aquellos bulliciosos placeres que eran mi ansia continua y mi constante zozobra al mismo tiempo: á esta vida tranquila he sacrificado mis gozes, mis hábitos mas arraigados; y todo sin violencia, con una espontaneidad que no me ha dejado advertirlo siquiera: sin embargo, una sola pena me martiriza en ocasiones, y quiero confiársela á usted; usted vive en la mayor estrechez; usted aniquila sus fuerzas trabajando noche y dia, se condena á las mayores privaciones, á la miseria tal vez, y todo por no querer aceptar de mi mano nada de cuanto la ofrezco; si usted cree ver en mis ofertas siniestros fines, me hace usted una ofensa que lastimaria cruelmente mi corazon; usted sabe cuanto la he respetado siempre; y no atino por qué, á pesar de mi conducta, se niega usted á aceptar mis sinceras ofertas.

MAR. Don Luis: usted no sabe sin duda lo violento, lo repugnante que es al que está acostumbrado á ganarse la subsistencia con el trabajo de sus manos, el vivir á espensas de la generosidad ajena. Las riquezas, don Luis, no se reciben gratuitamente; aun cuando usted me las diese con la mas pura generosidad, yo siempre las ganaria muy caras, al menos en el concepto de las gentes. Además, usted no es dueño de disponer arbitrariamente de lo que posee; tiene usted familia ó vá usted á tenerla; á su familia de usted pertenece cuanto usted posea: aceptarlo yo seria una usurpacion que nie avergonzaria.

LUIS. Usted está en un error cuando cree que yo estoy próximo á tener esa familia que usted me supone: voy á romper mi proyectado enlace con la hija del marqués.

MAR. Ah! Si, Maria: rompo todos mis vínculos anteriores, por consagrar á usted mi amistad toda entera: dueño de mis acciones, libre completamente como me hallo; mi solo anhelo seria hacer á usted mas grata la existencia, librándola del trabajo y la fatiga.

MAR. Ah! No prosiga usted, por Dios, don Luis. Hasta ahora he creído á usted muy digno de estimacion; no me haga usted vacilar con sus ofertas; no me arrebathe usted esta ilusion querida, porque me seria muy funesta.

Luis. Perdone usted, Maria: tampoco yo quisiera desvanecerla; mi oferta es pura, y solo hija del cariño que por usted abrigo: voy á partir de España: he resuelto viajar algun tiempo para ver si consigo reanimar mi perdida alegría, y tambien para tener un pretesto con que justificar á los ojos del marqués mi negativa al enlace que me tiene proyectado.

MAR. Vá usted á partir!

Luis. Si, Maria; mañana salgo de Madrid, y he venido para despedirme de usted. Por eso puedo auxiliaria sin comprometer en lo mas minimo su reputacion. Poseo una casa en Madrid, de cuya renta puede usted disponer hasta que haga feliz con su mano á quien pueda asegurarla una subsistencia menos penosa que la que hoy tiene usted.

MAR. Vá usted á partir!

Luis. Lo siente usted acaso?

MAR. Yo? Si señor; por qué he de decir otra cosa? Yo estaba resignada á suplicar á usted que no me visitase, porque las gentes murmuran de nuestra intimidad: resuelta estaba á renunciar á verle á usted y á oírle; pero no habia entrado en mi mente la idea de la ausencia: era preciso que esto concluyese completamente. Hace usted bien; paciencia!

Luis. Maria! De qué proviene ese pesar que usted descubre por mi marcha? Ese pesar con que yo gozo y sufro al mismo tiempo de un modo indecible? Por qué ha suspirado usted, Maria, al saber mi resolucion?

MAR. Ya vé usted... no es extraño que sienta su partida... asi... por el pronto; eso me parece muy natural, y no sé por qué pueda usted extrañarlo. — Y á dónde vá usted?

Luis. Voy á Alemania. Pero supongo que tiene usted la condescendencia de aceptar mi oferta? Mañana salgo á las siete de la mañana, y al medio dia vendrá aqui mi escribano...

MAR. No; eso no, don Luis.

Luis. Pero hallándome yo ausente...

MAR. Hallándose usted ausente no me cabria la menor duda de que sus miras de usted eran las mas desinteresadas, las mas puras; pero yo no podria probarme otro tanto á mi, si aceptara su oferta. Usted al proponerme ese don, se muestra generoso, compasivo; tal vez me atreveré á decir apasionado; al rehusarle yo, no hago mas que cumplir con los deberes de mi sexo y de mi estado. Quiere usted colocarme aun á mas distancia de usted y de mi misma? Seria una crueldad impropia de tan noble corazon. — No hablemos de eso mas...

Luis. (arrebata.) Ah! de que distancia me hablas, Maria, cuando para llegar hasta ti, me faltan tantas virtudes como se anidan en tu alma angelical? Ya no me es posible ocultar por mas tiempo el amor que me enagena; yo te amo; yo te adoro, si.

MAR. Dios mio! Será posible!

Luis. Oh! mi adorada, modelo hermoso de desinterés y de honestidad; soy tuyo para siempre; si, serás mi es-

posa, si á tanta altura me quieres elevar: no tengo como tú los ricos dones del alma, solo bienes perecederos é indignos de tu altar puedo ofrecerte; mas son tuyos, y mi nombre tambien; para ti esos trages, esas blondas, esos lujosos atavios que hacias para las demás, fatigando tu delicado cuerpo noche y dia; para ti el rango, la fortuna de mi padre; para ti mi mano, mi corazon, mi aliento mismo. No puedo darte mas.

MAR. Oh! Dios, qué dicha!

(Queda con la cabeza reclinada en el pecho de don Luis, que la abraza con efusion. Antonio, que arrimado á la puerta, ha estado escuchando toda la escena, poseido de las distintas emociones que en su ánimo ha ido produciendo; dirigiendo sus manos al cielo, exclama:)

ANT. Bendecidlos, Señor. (después de una pausa, don Luis desprendiéndose de Maria aun conmovido, toma el sombrero.)

Luis. A Dios, Maria. Cada instante que pasa sin poder llamarte mi esposa, es un siglo para mí. Voy ahora mismo á anunciar mi resolucion al Marqués, y preparar nuestra union. Me amas? No es verdad? Gozo la dicha de poseer tu corazon. (el tio Antonio entra y se queda delante de la puerta abierta.)

MAR. No me pregunte usted lo que yo misma no le podré explicar como deseo: yo le amo á usted... le amaba... mas, no debo decir...

Luis. No exijo de ti mas, ya soy dichoso. A Dios, bien mio.

MAR. A Dios. (don Luis viendo al volverse al tio Antonio que está como enagenado contemplándole.)

Luis. Señor, Antonio... usted ha oído...?

ANT. Todo; y por eso.... (le dice con la accion por impedirle su emocion, que por eso está conmovido.)

Luis. Pobre anciano!

(Los dos se abrazan; don Luis por último sale dirigiendo antes una tierna mirada á Maria, que con las manos cruzadas ha contemplado el abrazo.)

MAR. (después que se ha ido don Luis dando rienda suelta á su gozo.) Ah! yo no sé lo que me pasa, ni si es un sueño lo que mirando estoy, padre mio! Mi dicha es sin igual; diga usted, ¿es cierto? Es cierto, ¿no es verdad? Luis es mi amante; yo voy á ser su esposa; no es ilusion, verdad? Poseo aquel hermoso corazon que el mundo entero me pudiera envidiar. Me ha preguntado si yo le amaba, y no he podido explicar mi pasion, porque á una pobre muger no le es dado decir todo lo que siente al objeto de su cariño, y aqui, en el corazon, tengo una pena porque no diga mas... Yo necesito dejarle rebosar en su alegría; Luis mio! te amo, te adoro; si, él no me escucha y lo puedo decir; desde la noche que por primera vez te ví, te adoré; ciega por ti llevaba con paciencia el trabajo, la miseria, por ti virtuosa fui, por ti sabré morir; te amo, te adoro. Ah! padre mio! qué dichosa que soy!

ANT. Hija querida! Dios premia tu virtud.

MAR. Ah! Ese inocente falta aqui. Con el amor me habia olvidado de él; (coje la mantilla.) Voy á casa del ama. (entra en la puerta de la izquierda con la mantilla en la mano.) Tio Antonio? (dentro.) No está, no está alli. (saliendo.) Se le ha llevado usted á su cuarto?

ANT. Yo no: le eché en la cama.

MAR. No está: mire usted! Qué ha sido de él! Me le habrán quitado, hijo mio! Se lo han llevado. (el tio Antonio y Maria se dirigen á la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

Dichos, EL MAGISTRADO y AGENTES.

MAG. Maria Contreras, de orden del juez, dese usted presa.

MAR. Yo? por qué?

MAG. Está usted acusada del crimen de infanticidio.

MAR. (á un tiempo.) Yo!

ANT. (id.) Maria!

MAG. El niño que usted tenía recojido y que decia no ser hijo suyo, ha sido hallado casi espirando en el pozo de esta casa.

ANT. y MAR. Ah!

ANT. Hija mia! (cae al suelo. El tio Antonio acude á socorrerla. Los agentes los rodean.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

(Habitacion de la señora Agustina: una sala pintada lisa con un friso: puerta de entrada en el foro: á la izquierda una que dá á lo interior. Un sofá á la derecha arrimado á la pared: delante de él un brasero con lumbré y su alambra, y al lado de frente al público una poltrona de paja con un almoadon en el asiento. A la izquierda una cómoda con un espejo encima. En medio del teatro, un belador. A los dos lados de la puerta del foro, mesas, sillas, rinconeras, cuadros etc.; todo anticuado y de poco valor.)

ESCENA PRIMERA.

La señora AGUSTINA sale con una criada de la puerta izquierda.

AGUS. Cólocate en la pieza de afuera; allí tienes el cesto con la labor; concluye aquellas vendas, y si viene alguien, que no se meta de rondón: lo has oido?

CRIA. Si señora.

AGUS. Pues cuidado. (la criada se vá por el foro derecha; la señora Agustina entorna la puerta, escucha si se ha retirado; vá á la cómoda y saca un taleguito con dinero y billetes de banco.) Gracias á Dios que me ha dejado sola un momento; creí que no salia hoy de la cocina. Vamos á ver. Qué sustos me ha costado ganar este dinero! Todavía estoy temblando. Y ese taimado de Marqués, que despues de ofrecerme cuarenta mil reales, solo me da diez mil, diciendo que hasta estar seguro de mi silencio no me dá el resto! Bribon! Como si no tuviera yo tanto interés en callar como él! No es eso lo que le sobresalta, sino que el niño viva; como si la criatura pudiera decir lo que pasa.—A ver si está cabal. Cuatro, ocho, doce, diez y seis.—No se me puede olvidar; por un milagro no me han descubierto; veinte, veinticuatro y veinticinco doblillas de á cuatro duros, que hacen dos mil reales.—Sino meto la criatura en el cubo del pozo, me vé con ella don Luis, que subia: soltar yo la sogá y pasar él por junto á mi, todo fue uno.—Este es de mil: este de cuatro mil, son cinco mil; seis mil, siete mil y ocho mil; y con los dos mil en oro es la media talega cabal. Y cuando volvía por el niño, me hallo la calle y el portal llenos de gente. Que susto me llevé, Dios mio! Cuando oí decir habian sacado al niño medio abogado en el cubo. Sin duda con el peso se fué bajando porque yo le dejé bien alto. Pues creo que no le hubiera pesado al marqués que no hubiesen llegado tan á punto, porque aunque nunca me lo ha dicho claro,

yo bien he comprendido que lo mismo la otra vez que ahora, lo que queria él era lo que me decia con tanto ahínco: «que desaparezca para siempre.» Qué modo de comprometerla á una!—Lo guardaré todo: por fin atrapé diez mil reales, y nadie sabe nada, mas que quien tiene que callar por fuerza. Pero, ¡que lástima! Si no se me hubieran perdido aquellos billetes, que en vano he puesto en el Diario, donde estaria ya; á cien leguas de Madrid. (encierra todo en la cómoda.) Paciencia!

ESCENA II.

Dicha, CRIADA y á poco ANTONIO.

CRIA. Señora, un hombre que no conozco pregunta por usted.

AGUS. Que entre.

ANT. (triste é inquieto.) Es usted doña Agustina Arroyo?

AGUS. Servidora de usted.

ANT. Tengo que hablarla á usted reservadamente. (la señora Agustina hace seña á la criada para que se retire. El tio Antonio observa todo lo que hay en la estancia.)

AGUS. Ya estamos solos. En qué puedo serle á usted útil?

ANT. No; si quien puede serle útil á usted, soy yo.

AGUS. A mí?

ANT. A usted.

AGUS. (Ah! los billetes tal vez...)

ANT. Usted ha perdido algo?

AGUS. Si señor; diez billetes de banco de á cuatro mil reales; los tiene usted? Devuélvamelos usted... porque son míos,

ANT. Poco á poco.

AGUS. Usted se los encontró, ¿eh?

ANT. Si señora.

AGUS. Ay! Cuanto me alegro. Los tiene usted?

ANT. Aquí estan. (sacando la cartera de Santiago y enseñando los billetes.)

AGUS. Oh! que fortuna! Démelos usted; son míos, traiga usted.

ANT. No tenga usted tanta prisa.

AGUS. Le digo á usted que son míos. Bastante trabajo me ha costado el ganar ese dinero. Pero ya caigo, quiere usted asegurarse... es muy justo. Los he perdido desde la calle de la Concepcion Gerónima, hasta la de Ministriles: los encontraría usted en la acera. (movimiento negativo del tio Antonio.) O en medio del arroyo, en alguna boca-calle al atravesar. (movimiento afirmativo.) Eso es. La noche del martes de Carnaval: estaban envueltos en un papel blanco, doblado todo al rededor.

ANT. Cabalmente.

AGUS. Pues bien. (alargando la mano.) Ah! que aturrida; con la alegría se me olvidaba... tengo que darle á usted el hallazgo... un buen hallazgo, como digo en el anuncio.

ANT. Bueno; así lo espero.

AGUS. Si señor: (sacando de la cómoda un bolsillo de seda con dinero.) digo, ya conoce usted que por cuarenta mil reales, no se puede dar tanto como si fuera por un millon.

ANT. No; no: no es dinero lo que pido.

AGUS. Pues qué es lo que quiere usted? Diga usted. (alegre.)

ANT. Quiero únicamente saber, cómo ha adquirido usted estos billetes.

AGUS. ¡Qué dice usted? (asombrada.)

ANT. Lo que usted oye, señora Agustina: usted me ha dicho cómo los ha perdido, y yo quiero saber, cómo los ha ganado.

AGUS. Pero, buen hombre...

ANT. Aquí no hay buen hombre ni malo: estoy pronto á devolvérselos á usted si me lo dice; sino, no: usted puede elegir.

AGUS. Válgame Dios! (recobrada de su primera sorpresa, y sentándose con aparente calma.) Que capricho! Los he ganado con mi trabajo, claro está; ya sabrá usted cuál es mi profesión: hace veinticinco años que el colegio de cirugía de Cádiz me dió mi título de partera, y aunque en el día no sirve, como llevo diez años en Madrid, sin tener una desgracia en todo ese tiempo, en buena hora lo diga, tengo una gran parroquia.

ANT. Bien, pero... usted perdió los billetes en la noche del martes de carnaval, á qué hora?

AGUS. Al rededor de las cuatro.

ANT. Y cómo era que á esas horas iba usted desde la Concepcion Gerónima á la calle de Ministriles, con cuarenta mil reales en el bolsillo?

AGUS. Toma; pues ya se vé que iba... iba á casa (algo desconcertada.) de un escribano que me guarda mis ahorros, y por eso...

ANT. A casa de un escribano, á las cuatro de la madrugada?... Eso no es verdad; á esas horas no es natural el ir á buscar á los escribanos, ni menos el transitar por las calles con los bolsillos llenos de billetes de banco. No admito pamplinas. Me ha de decir usted la verdad, ó de lo contrario no entrego los billetes.

AGUS. Cómo que no? (levantándose enfadada.) Pues no faltaba mas! Los billetes son míos; á usted no le importa lo demás, y me los entregará usted de bien á bien, ó sabré obligarle á usted á ello.

ANT. Yo sabré obligarla á usted á lo otro; á que hable.

AGUS. Lo veremos: voy á quejarme á la justicia. (yendo á tomar la mantilla de un sitio.)

ANT. Y yo voy á quemar los billetes si se atreve usted á salir de este cuarto. (dirigiéndose al brasero dispuesto á arrojarlos en la lumbre, que se verá bien encendida.)

AGUS. Ah! Cuidado con hacer una bestialidad! (dando un grito y acudiendo.)

ANT. No será cosa: (tomando uno.) ¿confiesa usted?

AGUS. Yo no tengo nada que confesar.

ANT. No? Allá vá uno. (lo echa y arde.)

AGUS. Ay Dios mío! qué hace usted? Qué bárbaro de hombre! Usted no sabe que cada billete vale cuatro mil reales!

ANT. Confiesa usted? (tomando otro.) Cero y van dos. (arrojándolo.)

AGUS. Uy! Bandido! (arrojándose con pasión al fuego y quemándose la mano inútilmente por salvarlo.) Qué ha hecho usted? Esto es una picardía, una infamia! Ocho mil reales que me han costado tanto trabajo el ganarlos! Vecinos, fuego, ladrones. (yendo hacia la puerta.)

ANT. (con ademán decidido.) Allá vá todo el paquete.

AGUS. Ay no, no; yo confesaré, yo confesaré. (cae en una silla.)

ANT. En hora buena: de eso se trata. Conque vamos á ver.

AGUS. Ay! déjeme usted respirar.

ANT. Respire usted; pero es inútil que maquine usted mentiras; si no quedo satisfecho de que me dice usted la verdad, los quemó.

AGUS. Que hombre!... Pero si yo no puedo... (movi-

miento del tío Antonio.) Mire usted, parámonos; deme usted la mitad y déjeme usted en paz.

ANT. No, todo ó nada; yo no quiero dinero; ya lo he dicho.

AGUS. Es que...

ANT. Vacila usted?... (dirigiéndose al fuego con un billete en una mano.)

AGUS. No, no vacilo. Dios mío, que hombre! Billetes de mi alma! Cuarenta mil reales que me daban por callar!... Y ahora me dan treinta y dos mil porque hable! Y no podré yo saber qué interés tiene usted en saber este secreto?

ANT. Luego hay un secreto? No decía yo bien? Pues justamente yo quiero saber ese secreto. Vamos. (siempre en ademán hostil.)

AGUS. Voy, voy. (Pero señor, él me vá á entregar todo el dinero; entonces qué saca de... Ah! ya caigo!) Lo que sabe usted! Usted quiere saber el secreto por el otro... porque del otro puede usted sacar veinte veces mas de lo que yo he sacado... un dineral!.. Quién sabe? Quiere usted obligarle á... eh?

ANT. Ech... si; eso es.

AGUS. Y me dá usted como quien dice, los despojos, (señalando á los billetes.) por quedarse con el ave!

ANT. Cabal.

AGUS. Entonces, ofrézcame que de lo que saque usted, partiremos, y lo digo todo.

ANT. No hay inconveniente; lo ofrezco.

AGUS. Puedo confiar...

ANT. En esas cenizas tiene usted la prueba de cómo sé cumplir mis palabras.

AGUS. Y que yo no tendré que temer?

ANT. Va! Qué ideas?

AGUS. Pues siéntese usted y escuche. Hace tres meses que en la noche del martes de carnaval, el 4 de febrero, fui llamada sigilosamente por un caballero anciano, para asistir á una señora, según mi profesión; á poco, llevándome á una pieza retirada de la casa, me entregó el niño que acababa de nacer, y unos billetes de banco, diciéndome: «esta es la primera vez que nos hemos visto; sin embargo, yo la conozco á usted, y por eso no vacilo en encargarla de un asunto delicado; pero que usted sabrá desempeñar. Este niño es preciso que desaparezca para siempre, sin que nadie pueda tener noticia de su existencia: ahí tiene usted cuarenta mil reales en billetes, con la condicion de que cumpla usted fielmente mi encargo, y de que no nos volvamos á ver jamás» y diciendo esto, me abrió una puerta secreta que daba á un pasillo, por el que salí á la calle con todo. Yo bien conocí que lo que me quiso dar á entender, fué que dejase la criatura abandonada donde pereciese: porque para llevarla al asilo de la horfandad, ni tenía una precision de valerse de mí, ni menos de darme tanto dinero; sino que sin duda por quitar á la madre toda esperanza, dado caso que hiciese averiguaciones; en fin, yo tomé los billetes, porque como usted conocerá, á nadie le amarga un dulce; pero diga para mí: sería un dolor dejar perecer á esta criatura, y quién sabe si el día de mañana puede servirme de mucho que viva, y el saber yo su paradero; dicho esto, me metí en un portal que hallé abierto, y ya iba á dejarlo en él con ánimo de averiguar por la mañana, quién le recogería, cuando un hombre que salía del patio, me obligó á subir la escalera, á cuyo pié me hallaba, y habiendo encontrado abierta una puerta, vi un cuarto muy aseado, aunque de poca apariencia, y dije para mí: mejor estará aquí esta pobre criatura que en el portal, espuesta al frío de la noche; y lo dejé allí dormido como un príncipe

ANT. Qué buen corazón! (con solaperia.)
 AGUS. Yo lo creo; demasiado bueno; por cuidar del diantre del niño, perdí los billetes; y luego dicen que una buena acción siempre halla su recompensa!..
 ANT. Y dicen bien; porque al fin han parecido los billetes. Pero falta aun que me diga usted los nombres de las personas que entran en juego.
 AGUS. Doña Clarita Soler, (misteriosamente.) la hija del marqués de Casa-Vicente, es la madre del niño, y María Contreras es la joven que le recogió.
 ANT. Ah! Ja, ja. Eso es lo que se llama hablar claro. Falta lo demás.
 AGUS. Qué es lo demás?
 ANT. Toma! El resto de la historia.
 AGUS. Pero, qué resto?
 ANT. El niño que usted salvó, ha sido hallado esta mañana en el pozo de la misma casa, donde...
 AGUS. Ah! Conque sabe usted que es ese?
 ANT. Si; que usted al fin, decidida á enviar al cielo ese angelito...
 AGUS. Eso no es verdad: no ha sido esa mi intención. Es cierto que el Marqués me había ofrecido otros cuarenta mil reales porque desapareciese esa criatura, al fin; pero yo la tomé de donde estaba, con ánimo de llevármela á mi casa hasta la noche, y luego trasladarla á la inclusa, por ganar aquel dinero; sino que al concluir la escalera vi á lo largo del portal, en la calle, mirando á lo alto, y con ademán de entrar, un caballero elegante, á quien había visto subir otras veces á casa de la muchacha que tenía el niño; y porque no me viese con él y lo conociese, lo coloqué en uno de los cubos del pozo, lo bajé un poco enganchando la soga en la escarpia que hay en la pared, y me sali precipitadamente; á la cuenta, con el peso, el cubo se fue bajando, porque cuando volví á recoger el niño, ya lo habían sacado del pozo, y lo tenía la justicia; esta es la verdad, se lo juro á usted.
 ANT. Bien. Y la prueba de todo?
 AGUS. La prueba?
 ANT. Por supuesto: yo no puedo fiarme sin pruebas; y además, si he de sacar partido de esto, en provecho de los dos, las necesito.
 AGUS. Eso es verdad.
 ANT. Conque vamos á ver.
 AGUS. Tengo una, y voy á dársela á usted: una carta de la hija del Marqués, que recibí ayer; tome usted.
 ANT. (leyendo.) «Ignoro cuáles fueron las condiciones con que se le confió á usted el depósito que usted abandonó en casa de la joven María Contreras; pero si por desgracia, en la actualidad han podido interesarla á usted en su pérdida, yo la recomiendo su conservación, y la ofrezco doble recompensa: exijo sin embargo, que no permanezca en la casa en que usted le depositó; retírela usted inmediatamente de ella, y á su tiempo será usted recompensada. C. S.»
 AGUS. Clara Soler.
 ANT. La hija del marqués: Clara Soler.
 AGUS. Qué tal?
 ANT. (dándola los billetes.) Tenga usted los billetes. Gracias, gracias! (Ah! María!)
 AGUS. Esto es. (que ha contado los billetes, cogiéndole del brazo.) Pero oiga usted: esa carta vale mucho mas de lo que usted me dá, si se sabe sacar partido de ella, y usted no es tonto. Está convenido que partiremos?
 ANT. Por supuesto. La mitad del dinero que saque será para usted.
 AGUS. Y pronto, porque yo tengo que irme de Madrid.
 ANT. Muy pronto, señora Agustina.

AGUS. Ah! pero dónde vive usted?
 ANT. Aquí tiene usted mi patente con mi nombre, profesión y todo.

AGUS. Deje usted me enteraré.
 ANT. Quédese usted con ella: yo nada necesito; (lo llevo todo aquí. Oh! María, hija de mi alma!) (se va.)

AGUS. Hasta la vista. Veamos. (lee.) «Concedo licencia á Antonio Venancio, de esta vecindad, para que en las altas horas de la noche, pueda ejercitarse en la ocupación de trapero, con sujeción á los bandos vigentes; pagó treinta reales.» Un trapero! Por eso se encontré mis billetes. Si me habrá engañado? Pero Señor!... Si él no se ha quedado con un cuarto!... Hay en esto un misterio... Y parece un buen hombre. De todos modos, ya tengo cuarenta y dos mil reales, y si ese hombre saca ahora otra buena cantidad, partirá conmigo. No se presenta mal: me enriqueceré en dejando escrúpulos á un lado... Así hacen muchos, y acaban por ser millonarios. Qué fortuna!

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO SEGUNDO.

Comedor de lujo en casa del Marqués: puerta en el fondo y una á cada lado: grandes ehineros con bajilla correspondiente, aparadores, etc. Una mesa suntuosamente preparada para comer con candelabros encendidos, y una araña encima. En los aparadores botellas de distintos vinos. Reloj de pared en un cuadro.

ESCENA PRIMERA.

MARQUES, CLARA, á poco MARCOS.

MARQ. (saliendo de la puerta derecha.) Las siete y no ha venido aun. (sale Clara.)

MARCOS. (por el fondo de la derecha con una carta.) Una carta de don Luis.

MARQ. A ver? (la abre y lee para sí.) Lo mismo que temía. (al criado.) Vete. (á Clara.) Luis, á quien encargué que convidase á comer con nosotros al notario, y que se viniera con él, dice que no le aguardemos, que se vé precisado á rehusar la honra de ser tu esposo, y que está pronto á hacerse cargo de las cuentas de su tutela, con que le brindé hace tiempo. Ahora es él quien rehusa tu mano, quien demanda su herencia. Oh! Afortunadamente ha sido acusada y presa esa María, que todo lo ha trastornado.

CLA. Presa, y por qué?

MARQ. El niño que tenía, ha sido sacado casi muerto del pozo de su casa.

CLA. Dios mio!

MARQ. Vive sin embargo.

CLA. Dónde se halla?

MARQ. En poder de la justicia.

CLA. Al menos vivirá. Y á esa joven... de qué la acusan?

MARQ. Esa joven no es lo que debe ocuparnos.

CLA. Pero dice usted que está acusada, y usted sabe que es inocente.

MARQ. Yo nada sé

CLA. Que nada sabe usted?

MARQ. No.

CLA. Plegue al cielo que la justicia no descubra los verdaderos culpables!

MARQ. Si ellos no se venden á sí propios, no los descubrirá.

CLA. Cuando logren ocultar á los demás su crimen, no se le ocultarán á sí mismos.

MARCOS. (por el foro.) Ahí hay un hombre que pregunta con afán por el señor Marqués.

MARQ. Di que ahora no recibo. (*vase el criado.*) Voy á contestar á Luis: yo sé lo que me debo hacer: lo que necesito de tu parte es obediencia. Mi pupilo será tu esposo.

MARCOS. (*sale.*) Ese hombre dice que tiene precision de hablar sobre cosa que á usía le importa mucho.

MARQ. (Qué querrá?) Dile que entre. Retírate, Clara.

CLA. Pero...

MARQ. Déjame á mi; puedes estar completamente tranquila.

CLA. (Oh! Dios mío!)

ESCENA II.

MARQUES, ANTONIO, MARCOS.

ANT. Es usted el marqués de Casa-Vicente?

MARQ. El mismo.

ANT. Tengo que hablar con usted á solas.

MARQ. Déjanos. (*el criado se retira.*)

ANT. (Dios mío! Prudencia necesito.)

MARQ. (Qué hombre será este? Su fisonomía no me es desconocida.) Qué es lo que usted quiere?

ANT. Voy á decirlo... (*rendido de fatiga y de afán, se apoya en el sillón, y tiene que sentarse.*) No estrañe usted... estoy algo fatigado... pero voy á decirle á usted á lo que vengo.

MARQ. Muy bien; lo espero.

ANT. Un asunto muy serio me conduce, señor Marqués.

MARQ. (Esa voz... Cielos! Si será...) Lo primero, necesito saber quién es usted.

ANT. (Yo he oído esta voz antes de ahora.)

MARQ. Vamos, pronto, quién es usted?

ANT. Una persona muy insignificante. Me llamo Antonio Venancio, y soy trapero, para lo que usted guste.

MARQ. (El es; á qué vendrá?) Y qué es lo que usted quiere? (*Antonio se levanta.*)

ANT. Vengo á hablarle á usted acerca de una pobre jóven, presa y acusada de infanticida.

MARQ. Qué dice usted?

ANT. No se haga usted de nuevas, señor Marqués; acusada de infanticidio.

MARQ. Pero qué?... Es usted su padre ó...

ANT. Haga usted cuenta que si. No tiene otro... A mi me suele dar ese nombre; yo no tengo hijo ninguno, y por consiguiente, puedo ser padre de cualquiera, con que ya sabe usted...

(Acometido de un amago de congoja momentáneamente, se apoya en el respaldo del sillón.)

MARQ. Y yo, qué tengo que ver?... Pero... (qué tiene?) Qué es eso?

ANT. Nada, nada: una especie de vahido; ya se ha pasado... es de debilidad; no me he acordado en todo el día de tomar alimento... nada, no importa...

MARQ. Quiere usted tomar algo? (*señalando la mesa.*)

ANT. Gracias, gracias; no vengo para eso.—Pues, como decía, mi hija está presa.

MARQ. Y acaso, puedo yo hacer algo en ese asunto?

ANT. Mucho, señor Marqués.

MARQ. Yo?

ANT. Usted!..

MARQ. (*algo inquieto.*) En fin; vamos á ver lo que usted quiere que haga.

ANT. (*con un tono en que se deja ver la amenaza.*) No tengo necesidad de decirlo... Usted sabe mejor que yo lo que debe hacer para que obtenga justicia: no le digo á usted mas, señor Marqués.

MARQ. (Sabe algo.) Usted se equivoca, yo no soy su juez.

ANT. No; pero es usted rico, poderoso; está usted se-

guro de la inocencia de Maria; sabe usted muy bien que ella no ha hecho mas que recoger caritativamente el niño que ahora le dicen que ha querido matar... y creo que con eso basta para que usted se interese por esa jóven.

MARQ. (Sabe algo y no quiere decirlo.) Con efecto, esos son motivos mas que suficientes para interesarse por ella; y si usted tuviese algun medio para justificarlos, alguna prueba que darme de su inocencia...

ANT. Basta con que usted diga lo que sabe, y le creerán á usted: todo el mundo conoce que nosotros los pobres no tenemos tanto honor, que nos decidamos á matar nuestros hijos.

MARQ. (Lo sabe todo. Ah! Yo le haré hablar.)

ANT. Conque espero, señor Marqués, que hoy mismo dara usted un paso decisivo con el juez. Por el honor de su hija de usted, señor Marqués, le ruego que salve á la mía.

MARQ. Comprendo muy bien el cariño que profesa usted á esa jóven, que desde luego me interesa; deseo que juntos acordemos lo que pueda hacerse en su favor, y para tratarlo con la estension que requiere, para que nadie venga á incomodarnos, voy á terminar un negocio urgente á mi despacho, y en seguida soy todo de usted. Tenga usted la condescendencia de aguardarme un momento.

ANT. En horabuena, aguardaré. (Oh! la muger aquella ha dicho la verdad.)

MARQ. (Yo le haré que hable.) (*vase.*)

ESCENA III.

ANTONIO.

Qué mala cara tiene ese hombre! Y es una cara que yo he visto en alguna parte, que no puedo recordar.... Válgame Dios! Bien, que he visto tantas malas caras en este mundo, que vaya usted á saber... Y esa señora tan jóven y tan pálida que salía de aqui cuando yo entraba, será la madre en cuestion? Y estas gentes tienen hijos! Cómo dá Dios hijos, Señor, á quien es capaz de abandonarlos así! De matarlos tal vez! Y pasarán por unas gentes muy buenas, de altas cualidades; como suelen decir! Desde que tengo una hija por quien mirar, es desde cuando me parece que acá abajo tiene mucho que hacer Dios para arreglarnos. Qué lujo! Qué riqueza! Es posible que todo esto lo disfrute una sola familia! Yo sabré... (*á este tiempo ha salido el Marqués con precaucion.*) Ah! me pongo malo.

MARQ. Mucho recelo que á pesar de mis dádivas no declare... Probemos.

(El tio Antonio, que al sentirse amagado de una congoja se hallaba junto á la chimenea, tira del cordon de la campanilla, que está al lado, y despues cae desplomado en tierra.)

ANT. Llamaré...

MARQ. Qué hace? Por qué llamará? Cielos! Vacila... (*se acerca.*) Desmayado! Es una congoja por lo menos.

ESCENA IV.

Dichos, AMBROSIO y MARCOS.

MARCOS. Señor, llamaba V. S? Qué es eso?

AMBR. Pobre viejo! (*llegándose.*)

MARQ. Levantadle. (*los criados incorporan en el suelo al tio Antonio.*)

MARCOS. No vuelve en sí: voy á llamar al médico?

MARQ. No. Es una congoja, sin duda de necesidad; dijo hace poco que no habia comido hoy; sentadle en esta silla, y á ver si puede pasar un poco de vino.

(Le han sentado, y Ambrosio se dirige á tomar de la mesa aparada una botella y una copa.)

No: de ese no. *(el marqués con afán toma otra botella de vino.)* Este le confortará mas.

AMBR. Venga. *(echa un poco en una copa grande.)*

MARQ. Echa mas, mas; eso no es nada.

AMBR. Canario! *(oliéndolo.)* Si este vino es muy fuerte; con medio dedito...

MARQ. Valiente cosa para un hombre que estará acostumbado á beber... llénala, eso no es nada.

AMBR. *(Si sabré yo lo que es este vino? Y el otro día con dos sorbos me puse calamocano.)* Tome usted, buen hombre... parece que vuelve en sí.

MARQ. Dale de beber y calla. *(colocado detrás.)*

(Ambrosio aplica la copa á los labios del tío Antonio quien ha abierto los ojos, sin haber recuperado aun el sentido, y bebe, aunque con alguna dificultad al principio, hasta volver en sí.)

Dale mas, dale mas.

(Después de haberle hecho beber la mitad de la copa, Ambrosio mira á su amo para consultarle con la vista si le ha de dar mas.)

AMBR. Es que como no ha comido, segun dice V. S....

(El Marqués hace un gesto imperativo, y Ambrosio hace beber al tío Antonio lo que queda.)

Anda, hijo! Pues señor, se lo coló: y no parece que le ha sentado mal.

MARQ. *(Ya es mio; él hablará.)* Me retiro, pronto vuelvo; decídselo si pregunta por mí. Dadle de beber lo que quiera. *(se vá.)*

ESCENA V.

ANTONIO, AMBROSIO y MARCOS.

AMBR. Vamos, buen hombre! Qué ha sido eso? Voto al chápíro!

ANT. Qué? *(sin poder aun comprender lo que le ha pasado.)*

AMBR. Se ha puesto usted un poco malo; pero yase pasó; no hay cuidado.

ANT. Eh?

AMBR. Ha sido una congoja nada mas.

ANT. Ah! si. Me ha durado mucho? Tiré del cordon....

AMBR. Pues; y acudimos... Cómo se siente usted?

ANT. Oh! *(metiéndose con rapidez la mano en el bolsillo del pecho, y tranquilizándose luego.)* Bien; si; me hallo bien; solo siento un ardor en el estómago...

AMBR. Ya lo creo. Como que para reanimarle á usted, le hemos dado un sorbito de lo añejo... Vaya un bálsamo que ha bebido usted!

ANT. Me han dado ustedes vino?

AMBR. Pero qué vino!

ANT. Veinte años hace que no lo pruebo.

AMBR. Quiere usted mas?

ANT. No por cierto: ahora menos que nunca, porque tengo que... la cabeza se me arde, *(se levanta y vacíala.)* y... No ha vuelto el Marqués?

AMBR. Ha dicho que no tardará; que haga usted el favor de aguardar un poco mas.

ANT. Ja, ja, ja. No sabe él la que le espera.—Diantre! Me flaquean las piernas... pero no hay cuidado: lo que es la cabeza, está firme.

AMBR. Lo que usted tiene ahora es debilidad. Tome usted un bocado.

ANT. Pch! Ya que me han dado ustedes de beber... para hacer lastre... porque se me figura que... *(señalando la cabeza.)* Eh? ja, ja, ja... Pero estoy mas fuerte que el Cid... *(se dirige á la mesa.)* Qué hay aqui?

AMBR. Salchichon, anchoas... qué sé yo; si usted quiere se le sacará caldo y una chuleta.

ANT. Eh! venga salchichon; á mi lo mismo me dá... *(come un poco.)* Asi como así... No tengo gana... lo que yo necesito es que venga el Marqués.

AMBR. Quiere usted un trago? *(á Marcos.)* Dónde está la botella de antes?

MARCOS. Se la ha llevado el amo; aqui tienes otra.

AMBR. Si; pero ese es diferente, y porque no mezclas...

ANT. Hombre, yo tengo sed: á ver, agua.

AMBR. Aqui tiene usted vino.

ANT. Venga. *(contemplando la copa.)* Este será de lo bueno. *(lo prueba.)*

AMBR. Valdepeñas legítimo y añejo.

ANT. Efectivamente.—Cada vez que pienso que este es el vino que bebe diariamente ese cara de vinagre!...

AMBR. Quién?

ANT. Ja, ja, ja. Nadie: *(bebe la copa.)* ajaja, ya estamos en regla. Que venga ahora el Marqués, que yo le diré...

AMBR. A mi amo?

ANT. A su amo de usted, si señor. Usted no sabe quién es su amo: yo lo sé, y nos veremos.

MARCOS. Yo creo que está algo... *(gesto con que se indica que está un poco bebido.)* eh?

AMBR. *(Ya lo esperaba yo, si se empeñó el amo.)*

ANT. Ya puede venir cuando quiera ese señor Marqués, con mas vanidad que don Rodrigo en la horca.

AMBR. Pero de quién está usted hablando?

ANT. Ja, ja, ja... Pobre hombre! De nadie.—Yo mando aqui.

(En este momento se vé al Marqués asomado á una puerta, observando el estado del tío Antonio con complacencia.)

Yo tengo en mi mano la estrangulacion de los picaros, soy capaz.... *(reparando en Ambrosio y creyendo que el temor que manifiesta de que le oigan dar voces, es que se asusta de él.)* Ja, ja, ja, con usted no va nada, hombre, vengan esos cinco; *(apretándole la mano.)* viva la justicia cuando es justa, y viva la alegría cuando es bestial.

AMBR. Yo voy á avisar al amo. *(á Marcos.)*

ANT. *(que lo ha oído.)* Bien hecho.

(El Marqués que estaba observando, llama por señas á Ambrosio, que iba á dirigirse al foro y figura decirle por lo bajo que diga á Marcos que se retire tambien: todo lo hace mientras el tío Antonio dice lo que sigue:)

ANT. Al amo es á quien yo necesito. Digo, él me necesita á mi... No; yo soy quien le necesita á él... Es decir, los dos necesitamos... solo que yo... yo puedo... no tengas cuidado.... *(á Marcos al pronto.)* Yo sé muy bien lo que tengo que hacer... Yo soy el rey aqui... yo mando... con vosotros no va nada... vosotros no sabéis... Tú eres un buen hombre que crees que estás sirviendo á un señor muy bueno, y no hay tal cosa... pero no tengas cuidado, lo que debes hacer, cuando salga, es dejarme á mi... lo entiendes?—Tú no tienes... Calla! pues se ha ido... Me han dejado solo... Yo tengo que ver al marqués.

(Se dirige hácia un gran espejo y se queda mirándose como si quisiera reflexionar sobre su estado.)

Bueno estás, Antonio! No estás tú para firmar.

(Se tienta el pecho, saca la cartera, la abre, saca de ella la carta y la vuelve á guardar.)

Aqui está.

(Se mete la cartera otra vez en el pecho y se abraza; después mira al rededor, con desconfianza, echa otra ojeada al espejo y dice:)

Vámonos de aqui.

(Se dirige á la puerta del foro, y por la derecha sale el Marqués.)

ESCENA VI.

MARQUÉS y ANTONIO.

MARQ. Perdóneme usted si le he hecho aguardar tanto tiempo: aquí me tiene usted á su disposición.

ANT. Gracias... ya, ya me iba... digo, ya me voy, por- que...

MARQ. Oh! de ningún modo; no quiero haberle hecho á usted aguardar inútilmente.

ANT. No; no he perdido el tiempo: pero lo que es ahora... ahora me tengo que ir...

MARQ. No lo consentiré: usted me dijo que tenía pruebas de la inocencia de María, y yo me intereso por esa joven demasiado, para que pueda dilatar un momento...

ANT. No andemos con rodeos: usted la va á poner en libertad mas pronto que la vista, ó de lo contrario, yo le arreglaré á usted las cuentas. María es inocente, y no lo sabe usted solo; yo lo sé tambien... y yo... yo... yo puedo en fin, quedese usted con Dios... (*va á salir.*)

MARQ. Miserable! (*poniéndose delante.*) No saldrás de aquí como has creído. Qué es lo que has guardado en el bolsillo del pecho hace pocos momentos? Qué contiene una cartera que tenías en la mano?

ANT. No se acerque usted.

(Arrojándose sobre él, le derriba en el suelo de un empuellon. El tio Antonio cae de espaldas desplomado, y queda inmóvil unos momentos del golpe, durante los cuales el Marqués le desabrocha y saca la cartera; la examina; saca la carta, vuelve á meter la cartera al tio Antonio en el bolsillo: luego quema la carta en una vela de un candelabro que hay al otro lado, en un aparador. El tio Antonio, haciendo un esfuerzo cuando siente que le mete la cartera, abre esta y la examina, y al echar de menos la carta, vé que la está quemando el Marqués, y se levanta haciendo algunos esfuerzos: todo segun indica el diálogo.)

MARQ. Sucumbirás como en otro tiempo. Ya está en mi poder. Qué veo! Una carta de mi hija, y esta cartera de Santiago Contreras. Ah!

ANT. Mi carta! Me ha robado mi carta... la quema... infame! Mi carta, mi carta...

MARQ. Ola! Acudid. (*abriendo la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

Dichos, MARCOS, AMBROSIO y otros criados.

Todos. Señor.

MARQ. Apoderaos de ese hombre: es el asesino de Santiago Contreras.

(Los criados hacen un movimiento y se paran al grito terrible del tio Antonio que abanza al medio del teatro.)

ANT. Ah! asesino! Tú! tú: te conozco, hace veinte años... si, yo he bebido... Oh!

(Arroja con violencia la mesa aparada al suelo, y queda en medio de la escena en un ademan que para á los criados que han intentado apoderarse de él. El Marqués se oculta detrás de los criados.)

Quién?... quién?... Qué queréis? Bandidos!.. Mi carta, mi carta. Ah! Pobre María, no hay salvacion para ti! (*cae en brazos de los criados que le llevan.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

Despacho de un Comisario de Cuartel; dos mesas de escribir con papeles, legajos etc.; un estante con legajos y cajones figurados, y sillas etc. Al levantarse el telon aparecen en el foro, un escribiente y el tio Antonio acompañado de dos guardias civiles.

ESCENA PRIMERA.

ESCRIBIENTE, ANTONIO, y guardias civiles con fornituras y sin fusil.

Esc. Ya no puede tardar en venir el señor Comisario. Que entre ese hombre, para que cuando llegue su señoría le tome declaracion, á fin de conducirle á la cárcel. Entre usted y siéntese, si gusta.

(El tio Antonio entra con muestras de grande abatimiento: lleva en la mano el sombrero. El Escribiente le pone una silla en primer término á la izquierda, y se pone á escribir en la mesa de la derecha. Los dos guardias civiles que estan solo con cartuchera y sable, se retiran al foro y se sientan en un banco que hay en frente de la puerta, en aquel recinto que figura ser un pasillo.)

ANT. (*sentado y despues de mirar al rededor y suspirar.*) Ah! no hay consuelo para mí! Qué es lo que he hecho, Dios mio! Cuando María sepa que yo tenía la prueba de su inocencia en mi poder... que tenía su salvacion en mi mano, y que lo he perdido todo: que he dejado sucumbir á la hija lo mismo que dejó perecer al padre! Pero, que vá á ser de ella? Qué puedo hacer cuando dentro de una hora estaré encerrado en un calabozo como un asesino, y tal vez sentenciado despues. Pobre hija mia! Virgen santa! (*se levanta.*) Inspírame! Qué haría yo para salvarla? Cómo acusar al criminal sin tener la menor prueba? Y á un hombre como él acusarle yo! Un miserable trapero á un Marqués; el pobre al rico, el desvalido al poderoso; el preso al que le aprisiona, el hombre de bien al infame. Oh! María, estás perdida! No habrá justicia en la tierra? Esto me desespera. Es preciso salvarla ó morir; y lo conseguiré; no sé cómo; pero no puede Dios dejar perecer así la inocencia, aunque todo el infierno se empeñase. Ah!

ESCENA II.

Dichos y el Comisario.

ANT. Señor Comisario, deseaba con ansia que viniese V. S. para...

Com. Silencio. (*interrumpiéndole y sentándose en la mesa de la derecha.*) Lo primero es contestar á las preguntas que voy á dirigirle á usted.

ANT. Es que ayer han preso á una pobre inocente. (*con humildad.*)

Com. Le digo á usted que vá usted á contestar...

ANT. Una joven inocente llamada María Contreras...

Com. Se trata de usted, de usted. Está usted acusado de haber robado y muerto hace veinte años en la plazuela de Aflijidos, á un hombre llamado Santiago Contreras.

ANT. Señor Comisario, le juro á usted por lo mas sagrado que María es inocente.

Com. No es eso lo que á usted se le pregunta; no se mezcle usted en los asuntos de otros: de quien se trata es de usted.

ANT. Inocente como la Virgen Maria, cuyo nombre lleva; yo estaba ya para justificarla...

Com. Pero no oye usted lo que se le dice?

ANT. Si señor, si.

Com. Está usted acusado de un asesinato.

ANT. Bueno.

Com. Acompañado de robo.

ANT. Bueno, bueno; no importa; ya lo he oido, yo me justificaré; no tenga usted cuidado por mí: si eso no corre prisa; lo que urge es libertar...

Com. (*incomodado.*) No trate usted de eludir la respuesta. Aquí es usted solo el acusado; usted...

ANT. Si, ya lo sé; pero es porque quieren perderla, y porque yo quiero salvarla, es por lo que me acusan... para tenerla á ella desamparada de todo el mundo. No se trata de mí, sino de ella. (con sensibilidad.) Hágase V. S. cargo de ya hace cerca de veinte y cuatro horas que está en un calabozo, que no la he visto; me impidieron acompañarla porque no es mi hija verdadera; como si los hijos del corazón no fueran tanto para uno como los de la sangre. Oh! al menos no se les abandona jamás!

COM. Concluyamos. Esa no es la cuestión; usted trata de eludir...

ANT. Perdóneme usted, señor magistrado, yo me estrabio, digo mil necesidades, ya lo sé; pero es porque... porque no puedo contenerme; y sea lo que quiera, yo no me defenderé á mí, sino despues de que ella esté libre: y si no la salvo, si no liberto á esa hija, única familia que Dios ha dejado en el mundo á este anciano no me importa nada la vida. (con exaltación.) No; si no la salvo, bien pueden acusarme de todos los crímenes, de todos los asesinatos, de todos los robos que quieran... yo los habré cometido, si, y me dejaré acusar, condenar y quitarme la vida; y si no me la quitan, me ahorcaré yo mismo... yo mismo; si señor, si no salvo á la hija de mi corazón.

COM. (Qué diantre de hombre! Me ha conmovido á pesar mío!) Pero vamos á ver. Ya que tan penetrado está usted de la inocencia de esa joven, conocerá usted á los culpables?

ANT. Si señor, los conozco.

COM. Pues nómbrellos usted; tendrá usted pruebas...

ANT. Esa es mi desgracia: conozco á los culpables, si señor; y tenía la prueba, la tenía... y ahora aunque yo los nombre... sin pruebas, cómo?... Si yo hubiera una, una siquiera... (de repente como inspirado.) Ah! La tengo... si, la tengo, no una prueba, ni dos, ni... si no que tengo el medio... un medio de...

COM. Un medio, cuál?

ANT. A ver; présteme usted tres mil duros.

COM. Eh? usted está loco?

ANT. No, señor comisario; no estoy loco; sé muy bien lo que me digo: présteme usted tres mil duros, de usted ó de la comisaria, ó de cualquiera.

COM. Se está usted burlando de mí? Ahora tenemos ahí tres mil duros para...

ANT. Qué, no los tiene usted?

COM. Ea, basta. Cree usted que estamos aquí para chanzas?

ANT. (dolorosamente.) Oh! y puede usted figurarse que me chancoo, cuando mi hija está en un calabozo desde ayer? Seguramente que no es ocasión para chancarme esta, y si viera usted lo que pasa aquí dentro!...

COM. Por la última vez hable usted con formalidad... ó....

ANT. Pero si le digo á usted formalmente que necesito tres mil duros para salvarla?

COM. Vamos, esto raya en locura ó es una superchería.

ANT. Ah! no señor; no trato yo de engañar á la justicia; en mi vida he engañado á nadie. Por lo que usted mas quiera, le suplico que me atienda. Si no la libro, encierreme usted en un calabozo. Y solo los necesito por un rato... Por mi parte no los tocaré siquiera.... Usted mismo los tendrá en sus manos el tiempo necesario para lo que yo...

COM. Pero, qué quiere usted hacer?

ANT. Oh! no puedo decirlo: ese secreto es mi único recurso, y me le quisiera callar á mí mismo, por temor que se me evapore respirando. Pero usted vendrá con-

migo; usted mismo ó sus agentes, puede usted hacerme seguir por un regimiento.

COM. Vamos; esto no es mas que un ardid para escaparse ó ganar tiempo.—(á los guardias civiles.) A ver, lleven ustedes á este hombre á la cárcel.

ANT. (cayendo de rodillas en la mayor aflicción.) Ah! no; por Dios: mireme usted de rodillas suplicando como no he suplicado á nadie mas que al Criador: escúcheme usted; es la verdad pura lo que le he dicho. (el Comisario hace seña á los civiles para que se le lleven, y ellos se acercan á Antonio; con voz desgarradora.) Pues bien; le hago á usted responsable ante Dios, de todo el mal que caiga sobre dos inocentes.

ESCENA III.

Dichos, DON LUIS.

ANT. Ah! se ha salvado.—Don Luis, ¿ama usted á Maria?

LUIS. Y lo duda usted?

ANT. Y la cree usted culpable?

LUIS. Por mas que todo la acusa, no lo puedo creer.

ANT. Ah! Usted la conoce bien; usted es digno de ella; déjeme usted que le abrace. (al Comisario.) Lo vé usted? El señor cree tambien en su inocencia, quiere salvarla y la salvará, porque tiene lo que... Don Luis, présteme usted tres mil duros.

LUIS. Cómo?

ANT. Tres mil duros, que necesito para probar su inocencia.

LUIS. Desgraciado; yo nada poseo...

ANT. Usted?

LUIS. Lea usted la contestación del marqués, á la carta que le escribí renunciando á la mano de su hija.

ANT. (lee el Comisario presta atención.) Querido Luis, espero que cambiarás de resolución cuando sepas que la joven á quien querías sacrificar tu enlace con mi hija, está presa y acusada de conato de infanticidio. En cuanto á tu fortuna, siento darte este golpe; toda la has consumido tú, como lo prueban las cuentas que puedes examinar cuando quieras. Te aguardo hoy mismo: me hallarás dispuesto á exigirte un saldo de cuanto recibí de tu padre y has gastado, ó á entregarte la dote de mi hija, que es considerable; ambas cosas las dejo á tu elección, pues todo se le perdona á aquel á quien se ama. De una parte tienes la pobreza y la vergüenza; en la otra te espera un millon: escoge. Dios mío! Dios mío! Pero no me importa; usted sino tiene dinero, tendrá usted amigos á quienes pedirlo prestado.

LUIS. Tal vez, pero...

ANT. No tema usted. Antes de 24 horas podré devolvérselo: no necesitará usted al marqués para pagarlo: fíese usted de mí: yo no quiero mas sino que usted me dé, es decir, que me preste... no, que me confíe sesenta mil reales por algunas horas, y Maria vuelve á nuestros brazos, libre, pura, inocente como usted la conoció!

LUIS. Oh! Daria por conseguirlo mi vida entera.

ANT. Pues vamos; vaya usted á buscar ese dinero; pero le encargo á usted el mayor sigilo: finja usted, por Dios, haber abandonado á Maria.—Consienta usted aparentemente en casarse con la hija del marqués: convéngase usted á todo, y yo le entregaré á usted mi Maria, si el señor Comisario me permite...

COM. Consiento en ello; aun cuando me es imposible dejarle á usted en libertad: esa carta del marqués me llama la atención sobremediana; y ademas... Este hom-

bre deja ver una convicción que... en fin, la justicia... no debe perdonar ningún medio por extraño que sea, para averiguar la verdad.

ANT. Ah! gracias, gracias, señor magistrado. No sabe usted el bien que me hace; pero le suplico á usted, que sin dejarme libre, y aunque sea con una argolla al cuello; me deje usted decir y hacer lo que yo quiera hasta el fin. Usted es un hombre de talento, de habilidad; pero yo la tengo aun mayor en este asunto; veo mas claro que todo el mundo, porque veo con el corazón. —Pobre hija mia, la quiero tanto, que conseguiré anonadar á los culpables; si, lo conseguiré ó perderé la vida. Ah! Dios le pague á usted el bien que nos hace. *(le besa la mano conmovido.)* Ahora cada uno á su puesto: usted, don Luis, á enviarme ese dinero; yo quedo en poder de la justicia; marchemos. *(Don Luis sale delante. El tio Antonio se coloca en medio de los dos guardias civiles, uno de ellos le dá el brazo, y el tio Antonio se agarra de él con satisfacción.)*

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO SEGUNDO.

La habitación de la señora Agustina.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA AGUSTINA.

(arreglando los muebles.) Nada se ha sabido; nada. Oh! no tengo por qué temer, y el marqués me dará lo que me tiene ofrecido, ó de lo contrario le amenazaré con declararlo todo á la justicia, luego que me halle fuera de España. Le tengo bien sujeto; y si ese tio Antonio no sabe sacar partido de la hija, lo que es yo, ya me entenderé con el padre. *(se oye llamar.)* Alguien viene. *(sale la criada.)*

AGUS. Quién es?

CRIA. He mirado por el ventanillo y he visto á aquel hombre que estuvo ayer hablando con usted.

AGUS. Ah! que entre. *(se vá la criada.)* Si habrá conseguido algo? El parece bastante ladino y determinado!

ESCENA II.

Dicha y ANTONIO, con un agente.

ANT. Buenos días, señora Agustina.

AGUS. *(poniéndose seria luego que repara que no viene solo.)* Felices, señores... En que puedo servir á ustedes?

ANT. En nada, señora Agustina. Somos nosotros los que vamos á servirle á usted. Vengo á cumplirla á usted mi palabra, porque yo soy así. Ya lo vé usted.

AGUS. Su palabra?

ANT. Si, vengo para que ajustemos cuentas.

AGUS. Nosotros?

ANT. Si, si señora; no hay cuidado, está en el negocio. *(por el agente.)*

AGUS. Qué negocio?

ANT. Vá! no andemos con andróminas; puede usted hablar delante de él, porque lo sabe todo: como que ha desempeñado lo mas peliguado del asunto; y á las mil maravillas.

AGUS. Yo no le entiendo á usted.

ANT. Saque usted ese dinero, hombre. *(el agente saca billetes de banco de una cartera.)* Cayó el pez; se consiguió el objeto, y la traigo á usted su parte.

AGUS. Mi parte? *(mirando los billetes con recelo.)*

ANT. Ah! si usted no la quiere, tanto mejor. Páselo usted bien.

AGUS. Pero oiga usted. Si usted no se explica...

ANT. Pero hija, si usted no me entiende. Yo he cumplido....

AGUS. No señor; venga usted acá: como le pilla usted á una de sopeton, y como veía que eran ustedes dos... Yo no sabía... El señor, dice usted que está en el negocio?

ANT. He tenido precision de valerme de él. — Oh! y no tenemos por qué arrepentirnos, porque es sugeto muy á propósito y lo mas callado que puede darse. Ya conoce usted que para imponer un poco al otro y sacar mas partido, necesitaba que se le presentase un caballero, y ya lo vé usted, el señor es un caballero. *(cortesia afectada del agente.)*

AGUS. Ya, ya entiendo.

ANT. Y venimos aquí á hacer las particiones, para que el señor se satisfaga de que yo tengo que cumplir con usted, y no crea que... y al mismo tiempo para que usted tambien sepa quién es el que entra á la parte.

AGUS. Válgame Dios! Y yo que ya no contaba... siéntense ustedes, tomarán ustedes algo. *(pone en el velador una bandeja con vízcochos y un plato con copas, una botella y echa licor.)*

ANT. Gracias, gracias.

AGUS. Vaya! vaya! con que al fin... ya sabía yo que sacaríamos mucho partido de... y cuánto, cuánto hay?

ANT. Oh! hay una buena cantidad; pero ya vé usted que somos tres.

AGUS. Ya, es que...

ANT. Le hemos sacado al marqués sesenta mil reales, en catorce billetes de á cuatro mil, igualitos á los que él la dió á usted, y cuatro de á mil.

AGUS. Sesenta mil!

ANT. Eso es; tres mil duros cabales.

AGUS. No les ha dado á ustedes mas? Cuidado que ya sabe usted que yo puedo saberlo.

ANT. Señora Agustina, con quién cree usted que está tratando?

(Durante esta escena el tio Antonio y el agente se dirigen ciertas miradas de inteligencia, segun las aclaraciones que van resultando.)

AGUS. Es decir que me corresponden treinta mil reales?

ANT. No, prenda: sesenta entre tres, á veinte;—veinte mil son los que le corresponden á usted.

AGUS. Nada de eso; yo le he dado á usted la carta de la señorita Clara por la mitad de lo que se sacase de ella; si usted ha buscado un compañero, yo nada tengo que ver con él. Esa será cuenta de ustedes dos: usted nada me ha dicho antes, y así yo quiero la mitad de los tres mil duros.

ANT. Pero usted ha tomado ya treinta y dos mil reales por un lado por llevarse al chico.

AGUS. Dale.

ANT. Diez mil por tirarle al pozo...

AGUS. Yo no le tiré...

ANT. Bien, por dejarle en el pozo.... eso no es ahora del caso.

AGUS. Y todo debía ser para mi, si á eso vamos; porque usted, qué es lo que ha hecho mas que devolverme un dinero que era mio, y que usted se habia encontrado? Y á fé que si entonces me hubiera yo empeñado en no decirle á usted, de dónde lo habia sacado y me hubiese guardado la carta...

ANT. Convenidos; lo que es eso, ya lo vé usted, tiene razon: *(al agente.)* todo lo ha hecho ella, y me parece que usted se hará el cargo... *(gesto de conformidad del agente.)*

AGUS. Cualquiera se lo hará.

ANT. Pues señor, me convenzo; dela usted la mitad, y

nosotros nos arreglaremos como podamos. (el agente dá los billetes al tío Antonio, contando la mitad, y el tío Antonio se los entrega á la señora Agustina.)

AGUS. Yo siempre creí que debía sacarse muy buen partido de este negocio.—Gracias, voy á ponerlos con los otros. (los guarda en la cómoda.) Y según se han complicado las cosas, quién sabe donde esto hubiera podido ir á parar si...

ANT. Sin embargo; ya no podemos sacar mas: ha sido preciso entregar la carta al tomar los patacones.

AGUS. Qué lástima! Una mina como esta!

ANT. Si; haber perdido el filon cuando mas producía! No tendría usted aun algun otro instrumento que pudiera hacernos al caso? Porque aqui tenemos para el puchero, digámoslo así; pero si pudiéramos sacar para el principio... Eh?

AGUS. Ahora que me acuerdo, aun conservo yo un dulcecito para los postres.

ANT. Golosilla! (dándole con el dedo en la nariz.) Y qué es? Qué?

AGUS. Cuando el marqués cortó las marcas de los pañuelos que me sirvieron para envolver al niño, recogí al descuido las puntas, y creo que he de tenerlas aun. (va por ellas.)

ANT. Somos felices, eh? Quién sabe el partido que podemos sacar de esa bicoca.

AGUS. Vea usted las iniciales con una corona de marqués encima. (entregándoselos.)

ANT. Esto corona la fiesta, eh? (al agente.)

AGUS. Pero se entiende que de lo que se saque, á mi se me ha de dar siempre la mitad.

ANT. Amiga, ahora somos tres, y es preciso que el señor diga lo que se debe hacer. Estamos?

AGUS. El señor? Y qué tiene que decir el señor?

AGENTE. Va usted á verlo. Hola? (ábrese la puerta del foro y aparecen tres agentes y dos civiles sin cartuchera ni fusil.) Apoderaos de esa muger como! cómplice del marqués en el crimen de infanticidio.

AGUS. (estupefacta.) Cómo? Qué es esto? A mí?

ANT. A ti, que has confesado el delito; á ti que posees las pruebas, porque las pruebas están tambien ahí; (señalando al cajon de la cómoda de donde el agente saca los billetes.) además de las marcas, los billetes de banco del marqués, de los cuales ocho están agujereados con mi gancho y tienen aun el lodo de la calle donde los encontré.

AGUS. Esto es una infamia!.. Robarme lo que es mio!

AGENTE. Silencio. El tribunal decidirá.

AGUS. Oh! Ese bandido es el que...

ANT. Cabal: estas cosas se hacen así. Tengo las pruebas de que Maria es inocente! (dirigiéndose al cielo.) Oh! Gracias! Ahora puedo defender mi vida. Vamos á descubrir al asesino de Santiago!

MUTACION CON CORTINA.

CUADRO TERCERO.

Rico tocador de Clara en casa del marqués: puerta en el foro y una á cada lado. Grandes espejos de vestir á la izquierda, á la derecha lababo de lujo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, ROSA y otra doncella están acabando de vestir de boda á Clara.

ROSA. Qué bien le cae á usted este aderezo de perlas, señorita; es de tan buen gusto!

CLA. Verdad es: aunque (mirándose al espejo.) yo no

sé si estaria mejor con el de brillantes que me ha traído mi padre.

ROSA. Señorita, para antes de la boda está mejor este; es mas modesto y al mismo tiempo rico y elegante.

CLA. Si, pero no deslumbra tanto como el otro; y yo quiero, si es posible, esceder á todas en riqueza y eclipsarlas al presentarme en el salon. Las mugeres de mi rango se casan para dar importancia á sus maridos con el lujo que ostentan; yo así lo he comprendido siempre, y casándome con don Luis, lo creo aun mas necesario, porque es tan poco el caso que él hará de su muger, que si no le gasta cuanto tenga, apenas notará que la tiene: estoy segura de ello; hoy mismo no se ocupa de la boda; mira este momento como si se tratase de un simple paseo ó de una noche de baile á lo mas. Bien que á mi me es indiferente cualquiera que sea su conducta para conmigo.

ROSA. Indiferente, y sin embargo, se manifiesta usted incomodada por creer que halla usted en él frialdad.

CLA. Incomodada! No te diré que no; pero es porque mi orgullo se ofende con esa indiferencia natural, ó estudiada, porque no la comprendo bien. He creído siempre que mi padre no podia haberme elegido un esposo menos á propósito.... En fin, eso no tiene remedio.—Está ya?

ROSA. Si señora, puesto que vá á venir el capellan para desposarla á usted, voy á colocarla el velo en la cabeza.

CLA. Haz lo que quieras. (Rosa la pone un velo largo en la cabeza.)

ESCENA II.

Dichas, el MARQUÉS.

MARQ. (contemplando á su hija.) Bien, Rosa, bien: has vestido á tu señorita con mucho gusto. Hija mia, todo nos sonríe; pero van á llegar nuestros amigos. (á las doncellas.) Decid al mayordomo que el desposorio se verificará en el salon que dá al jardin; que cuidado falte el menor requisito. (vanse las doncellas.) Vamos, Clara, qué dirás ahora? Ves como Luis apellaba tambien este enlace?

CLA. Solo sé que manifestó terminantemente su resolucion en contra.

MARQ. En un momento de estravio; pero vuelto á la razon, ha comprendido lo insensata que era su resolucion.

CLA. Bien; en el caso en que ya nos encontramos, no debo reflexionar, sino obedecer; no solo á mi padre, sino al destino que lo ha dispuesto así. Desde que sé que de este enlace depende nuestro porvenir y nuestra fortuna; desde que vi en él la salvacion, y fuera de él la miseria, cerré los ojos y no los volveré á abrir sino cuando lo vea terminado; y si entonces hallo un abismo á mis piés, seguiré adelante hasta precipitarme en él. (con amargura.)

MARQ. (incomodado.) Si te crees con derecho, porque sacrifico mi reposo á tu dicha, para reconvenirme con amargos pronósticos, te prevengo, Clara, que no siempre será tan indulgente contigo, como lo fuí cuando debí castigarte con todo el rigor de un padre burlado y espuesto á la pública maledicencia; así espero que esa queja que acabas de proferir, será la última que salga de tus labios. Silencio para siempre: se acabó el murmurar. Voy á buscar á Luis, que me espera en casa del notario. Ya sabes mi resolucion; espero ser obedecido.—A Dios. (vase.)

ESCENA III.

CLARA, sola.

Y es esa la felicidad que me aguarda? Son estos los go-
ces que me prepara ese decantado enlace? Pero, á qué
es atormentarme? Ha habido para mí hasta ahora,
otra felicidad que el lujo y los placeres? No sacrifico
á esa pasión todo lo demás? Si, todo; por no renunciar
á ellos, permanezco sorda á los gritos de mi conciencia.
Veo acusada por mi causa á una inocente jóven, y en-
mudezco yerta por temor de que caiga sobre mí la
excecración que sobre ella fulmina la calumnia. Madre
despiadada, ahogo en el silencio los remordimientos de
mi corazón, y no me atrevo ni aun á preguntar si vive ó
muere ese desgraciado, porque su inocente existencia
puede ser aun el padron de mi infamia. Ah! no hay
duda que soy muy criminal! Si el mundo lo supiera!
Cómo me execraria! Cómo se complaceria en humi-
llarme! Pues no; no lo sabrá: no tendrá esa horrible
complacencia... (esforzándose por reprimir el llanto.)
Ahogaré dentro del pecho los suspiros, las lágrimas, el
dolor que me destroza el corazón.—Erguiré mi frente
como otras mil que debiendo humillarla, la levantan
altanera, y el mundo me creerá como las cree á ellas..
ó afectará creerme y me respetará. Tranquila estoy.
Harto pueriles han sido mis temores, en verdad, y no
sé cómo han podido agitarme de tal modo. Estoy
tranquila.—Quién llega? (con altivez.)

ESCENA IV.

CLARA, MARCOS, y luego ROSA.

MARCOS. El señor don Luis.

CLA. Cielos! No; no puedo recibirle. (Marcos se apre-
sura á dar el recado á don Luis, que se supone fuera,
próximo á entrar y vuelve.) Me abruma con su pre-
sencia.

MARCOS. Preguntaba por el señor Marqués, y no hallán-
dole en casa, dice que necesita hablar con usted pre-
cisamente.

CLA. Dile que nos veremos en el salon ahora mismo; que
me esperan ya varias gentes, no es así?

MARCOS. Ya han llegado una porcion; y como no está
el señor Marqués...

CLA. Hago yo falta: ciertamente; voy allá.

ROSA. Señora, señora; yo no sé cómo decirle á usted... la
casa se ha llenado de gentes de justicia, y un magistra-
do que viene á su frente pregunta por usted.

CLA. Por mí? (admirada.)

ESCENA V.

Dichos, el MAGISTRADO y alguaciles.

MAJ. (á los alguaciles.) Que nadie salga de esta casa, ni
hable con su dueño cuando llegue. Señorita, siento en
el alma interrumpir sus placeres, pero como Magistra-
do, tengo que llenar un deber sagrado en este momen-
to. Su padre de usted...

CLA. No está en casa.

MAJ. Por eso justamente...

CLA. (reponiéndose de su turbacion con dignidad.) Y
puesto que sabiendo que se hallaba ausente, no se ha
vacilado en penetrar hasta la habitacion de su hija,
sin miramiento á su clase y á su estado; no deberá es-
trañarse que para evitar un nuevo desacuerdo, esa
hija ultrajada, se retire inmediatamente de aqui. (va á
irse.)

MAJ. Perdona usted, señorita: su presencia de usted es

indispensable en esta ocasion: está usted complicada
en las revelaciones que cierta persona acaba de hacer
al tribunal.

CLA. (empiezan á entrar los convidados en la estancia
atraídos por la curiosidad.) (Cielos! Aquella mujer
tal vez!.. Pero mi padre quemó la carta.) Solo la im-
postura puede complicarme en revelaciones hechas
delante de los tribunales...

MAJ. Tengo que dirigir á usted una pregunta y es-
pero....

CLA. Suplico al señor magistrado que no prosiga; no
contestaré sin que haya venido mi padre.

MAJ. Señorita; cualquiera que sea su estado de usted
y condicion, respetará usted el ministerio que ejerzo;
espero no tener que mandarlo: además de la acusa-
cion que pesa sobre su padre de usted, recae en us-
ted una sospecha, que no trato de aclarar en este
momento, pero que me impide dejarla á usted mar-
char.

CLA. Y quién se atreve á acusar á mi padre? Quién osa
sospechar de mí?

ESCENA VI.

Dichos, EL TIO ANTONIO, MARIA, DON LUIS, luego ca-
balleros y señoras.

ANT. Yo! (presentándose seguido de Maria y don Luis,
que bajan despues.)

CLA. Usted? (Oh! No es ella!) Y quién es este hombre?

ANT. Nadie... Unicamente soy el acusador del marqués
y de su hija.

CLA. Y quién ha dejado entrar en esta casa á semejante
miserable? De cuando acá se permite á la gente per-
dida, hollar con su inmundia planta los salones de las
personas elevadas por su clase y por su rango, y con-
ducir á los magistrados por la mano hasta el último
asilo de las familias? Salga usted de mi habitacion, yo
se lo mando. (á los criados.) Arrojad de aqui á ese
hombre. (movimiento de los criados, y del magistrado.)

ANT. Señor magistrado, se acabaron los miramientos.
(poniéndole delante á Maria.) Conoce usted á esta
jóven? Se acuerda usted de la noche del 4 de febre-
ro? Ah! No contesta usted á estas dos preguntas! Se
encuentra usted aterrada á pesar del orgullo y la so-
berbia que le inspiran estos magnificos salones, ese
rico traje, esos preciosos adornos? Oh! No hay que
envanecerse con ellos; porque están encubriendo la
deformidad del delito. Miradla que galana, señores,
se encuentra con tan bellos atavios, y qué mal papel
hacen á su lado los humildes vestidos de esta infeliz:
solo hay de malo, que esa corona virginal es un sar-
casmo, cuando la ciñe una frente en que la pureza no
brilla en todo su esplendor; hay de malo, que ese velo
blanco, cuando le lleva quien no ha vacilado en de-
linquir, no es el símbolo de la pureza; cuando se cu-
bre con él en momento tan solemne, quien ha permitido
que recaiga el peso de su culpa sobre una inocente
jóven, no es ya el emblema de la inocencia y de la
virtud, es...

CLA. (da un grito; se cubre con las manos la cara, des-
pues fija sus ojos en Maria, y se arroja á sus pies
diciendo con el acento del dolor.) Ah! Callad. Per-
don, Maria, perdon! Ella es inocente; yo soy la cul-
pable y debo ocupar su lugar. (volviéndose al magis-
trado.)

MAR. Infeliz; me causa compasion! (la levanta.)

ANT. Desventurada!

CLA. Gracias, Maria: esa lágrima me abraza... aqui;
(señalando el corazón.) salgamos.

MAJ. Que se retire á su cuarto. (*sus criadas se le van.*) El marqués ha entrado. (*á quien ha avisado un alguacil.*)

ANT. Pronto: que me le dejen á mi solo.

(Todos se retiran á diferentes puertas, en una de las cuales entra tambien el tío Antonio por algunos momentos.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, luego el tío ANTONIO.

MARQ. Imbécil de criado: no se ha movido de la antecámara y dice que no ha reparado si ha vuelto don Luis: es preciso, sino que... Clara, Clara? (*dirigiéndose á la puerta izquierda que conduce á la habitación de su hija, por la cual sale el tío Antonio, con cesta y gancho.*)

ANT. No la llame usted ahora; porque tenemos que hablar.

MARQ. El trapero! (*retrocediendo asombrado.*)

ANT. El mismo.

MARQ. Aquí!

ANT. Aquí.

MARQ. Te has escapado de la cárcel?

ANT. Y me tutea! Si señor, si; me he escapado de la cárcel.

MARQ. Y no temes?

ANT. Nada.

MARQ. Olvidas que estás en la casa del mismo que te ha hecho prender?

ANT. No; pero esta casa es para mi un sagrado, mientras la ocupe el asesino de Santiago Contreras; y he venido á que él me proporcione los medios para huir de Madrid, ó á delatarle ante todos sus amigos.

MARQ. Imbécil: no te creerán.

ANT. Vamos á verlo pronto. (*va á salir.*)

MARQ. Miserable! (*yendo á seguirle.*)

ANT. (*levantando el gancho.*) Quieto; le conoces? (*deja la cesta á su izquierda.*) Mira: aun está carcomido con la sangre de tu víctima. Ah!.. Creías que me habías de hallar siempre embriagado para asegurar la impunidad; como ayer, cuando me arrebataste la carta de tu hija? Como hace veinte años, cuando robaste á Santiago y le quitaste la vida? No: te has engañado. (*el Marqués va á salir.*) Quieto. (*amenazándole con el gancho.*) Escucha. A ti te importa poco que yo haya sido testigo de tus crímenes, porque soy un miserable, como tú dices, y nadie me creerá, porque no tengo pruebas con qué confundir á un gran señor como tú; pero, ¿y si te equivocases? ¿Y si yo pudiera....

MARQ. Mentira; nada existe contra mi; nada puede existir.

ANT. La muger que comprendió tus criminales proyectos en la noche del 4 de febrero; que recibió en esta casa, de tu mano, la recompensa, y que por compasión ó cálculo no cumplió su palabra, está en poder de la justicia y lo ha confesado todo.

MARQ. (Estoy perdido!)

ANT. Tu hija, víctima la infeliz de tu ambición, se halla acusada tambien por esa muger.

MARQ. Oh! Pero qué es lo que quieres de mi?

ANT. Qué es lo que quiero? Que proclames en el tribunal la inocencia de Maria y la mia tambien.

MARQ. Tú estás loco! Si quieres huir protegeré tu fuga á costa de cualquier sacrificio, y te rogaré de rodillas que lo admitas; pero ponerme en manos del verdugo confesando yo mismo mis delitos: no; lo mismo pien-

so ahora que hace veinte años; el suicidio solo puedo yo preferirlo á la miseria, pero aun puedo confundirte con mis riquezas y burlar tus proyectos....

ANT. Esa es la dificultad; que ya no puedes conseguir tus infames designios: tus riquezas pertenecen á don Luis, á cuyo padre robaste, asesinando á su cajero Santiago. Tu rango es el de un miserable asesino: tu título no te librará del rigor de las leyes, porque ante ellas todos somos iguales. (*se la arranca con el gancho y la arroja en la cesta que ha dejado en el suelo.*)

MARQ. Ah! (*todos salen.*)

ANT. Señor magistrado; señores, ya todos han escuchado quién es el señor marqués, y quién el pobre trapero. La justicia hará su deber.

MARQ. Llévadle.

ANT. Señor don Luis, aquí tiene usted los sesenta mil reales.

LUIS. Son de usted: usted es nuestro padre.

ANT. Pues bien, yo se los regalo á mis hijos; servirán para la boda.

MARQ. Ya no se separará usted de nosotros.

ANT. Ni de mi cesta; porque podrá recordarme, si algun día me envanezco, en lo que vienen á parar el orgullo y la soberbia.

FIN DEL DRAMA.

Advertencias para los teatros de las provincias.

Si este drama se pone en escena con mutaciones para los cuadros, auxiliadas por una cortina ó telon supletorio, tocando la música entretanto algunos compases, á fin de que no haya mas que cuatro blancos en él; deberá hacerse la boardilla y escalera con sus tres lienzos de paredes, el del foro y el tablado que sirve de piso á la misma unidos y sobre ruedas: por cuyo medio, para los cambios en que juega esta decoracion, no hay mas que retirar al fondo del escenario este trasto, ó bajarle y colocar el costado izquierdo y el telon con ventana en el cuarto de Maria.

Las demás decoraciones son comunes y fáciles de poner en pocos minutos, si se tiene preparada y ensayada su colocacion, como igualmente la de los muebles y demás útiles de la escena, que desaparecen ó aparecen á mano.

De todos modos se recomienda la rapidez en los cambios de decoracion, que ha contribuido bastante al brillante éxito del drama en Madrid.

Para conseguir este objeto, no hay mas gasto que el de la decoracion movable de la boardilla y cuarto de Maria, y el de los dos ensayos con todo el teatro y todos los muebles, comparsas, etc., pues las decoraciones de la plazuela de Afogados y ambigú de Villa Hermosa, fuera de Madrid no necesitan ser copiadas de aquellos locales.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REYNO.—E; copia del original censurado.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, núm. 13.

olo pue-
edo con-
los....
onsegui-
en á don
u cajero
sino : tu
que ante
el gancho
elo.)

an escu-
el pobre

enta mil

servirán

si algun
el orgu-

rias.

nes para
supleto-
ppases, á
l; debe-
enzos de
piso á la
para los
mas que
bajarle y
ana en el

s de po-
ensayada
es y de-
arecen á

los cam-
tante al

to que el
o de Ma-
o y todos
ciones de
termosa.
aquellos

OS DEL

MA.

